

Lia

PROYECTO N°1

Merche Diolch



Copyright

EDICIONES KIWI, 2018
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, julio 2018

© 2018 Merche Diolch
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Ríe para ser feliz.

Una loca demasiado loca

Prólogo

—Venga que tú puedes —dije en voz alta mientras la pantalla del ordenador esperaba y la señal del cursor parpadeaba—. Creo que esto va a ser más difícil de lo que creía...

Me estiré, haciendo crujir todas las articulaciones, mientras giraba sobre la silla del despacho y observaba lo que me rodeaba.

La habitación, de un verde chillón, estaba desordenada, muy desordenada. Las cajas de la mudanza me miraban, riéndose de mí, a la espera de que de una vez decidiera sí o sí ponerme a desembalarlas. Llevaba en esa casa no menos de 6 meses y todavía no había tenido fuerzas para ponerme con ellas. No, si ya lo decía mi madre:

—Lia, eres un desastre... Lia, ¡qué vas a hacer con tu vida! Lia, Lia, Lia...

Emití un bufido de impotencia y me dirigí a la cocina, de seguro que la nevera no era tan fría como el amor que me profesaba mi querida progenitora. Cogí una botella de agua —entre un zumo caducado y un yogur natural poco tenía para elegir—, y me tiré sobre el sofá morado que presidía la pequeñísima sala de estar, al mismo tiempo que los recuerdos de los últimos meses me avasallaban.

Me había quedado en la calle. Con una indemnización de mierda, después de que mi querido y maravilloso jefe me llamara a su despacho para notificarme que la empresa marchaba mal. ¡Claro que marchaba mal! No era ninguna novedad que con la crisis que teníamos encima los beneficios hubieran menguado, pero si a eso le sumabas los gastos exorbitados que producía el *mandamás* pues... La cosa no marchaba bien, nada bien. Pero claro, ilusa de mí, pensaba que al ser su «futura nuera», era intocable.

—¡Ja! —Bebí de la botella de agua, deseando que se transformara en whisky.

La sonrisa cínica que me mostró cuando me dio el sobre con la indemnización y me ofreció el bolígrafo para que estampara mi firma en el «beneficioso» acuerdo, fue como si el mismísimo Chucky me estuviera apuñalando en ese momento.

Creí que nada más podía sucederme.

Pensé que lo mejor que debía hacer era irme a mi ático, aquel que compartía con mi amado y eterno prometido, en plena Castellana. Allí me relajaría, en la bañera de hidromasaje, mientras mi querido Pepe ponía verde a su padre y me decía que esto solo era un mal sueño.

¡Una pesadilla llegó a ser aquel día!

Cuando entré al apartamento, me quedé sin palabras. A lo largo del pasillo y encima del blanco sofá, que tantos quebraderos de cabeza nos había ocasionado para meterlo por la puerta de la entrada, había un reguero de ropa desperdigada. Atrapé los pantalones de Pepe, la camisa azul que se había puesto esa mañana, la corbata a juego y...

¡Un sujetador transparente con puntilla roja!

Lo cogí con los dedos, como si fuera algo contagioso, y miré la puerta que en ese momento estaba cerrada.

No podía creer que me estuviera pasando a mí.

Con paso decidido. Entendedme, estaba cabreada, muy cabreada después de que mi suegro me despidiera, de bregar con los falsos abrazos y los buenos deseos de mis compañeros, que por detrás estarían felicitándose por no ser los elegidos. Y encima, cuando llegaba a casa, para esconderme en mi oasis, me encontraba con una escena que...

Tiré la puerta abajo de la habitación —bueno, eso es lo que me hubiera gustado hacer, de una patada, a lo Chuck Norris, pero tuve que conformarme con abrirla como todo hijo de vecino—, y la imagen que observé no podía ser más rocambolesca. Ahí estaba mi querido Pepe, mi eterno prometido, en la cama con una rubia pechugona que le estaba comiendo la... Bueno, vosotros ya sabéis qué se estaba «comiendo», mientras Andrés, su mejor amigo, le daba caña por detrás.

El sujetador se me cayó de las manos y proferí el mayor grito que jamás en mi vida había emitido —si excluimos la vez en que una rata pasó por encima de mis pies cuando... Pero eso es otra historia que no viene al caso—.

El trío me miró.

La rubia le dio un sutil beso al glande de mi prometido y se echó hacia atrás, acomodándose sobre las almohadas, al mismo tiempo que se abría de piernas y dejaba a la vista lo que le ofrecía a sus acompañantes. Los hombres

pararon de moverse. Andrés me guiñó un ojo y acarició a su amante, a mi Pepe, y este me ofreció una sonrisa engreída junto a una de sus manos para invitarme a que me uniera a su orgía.

Abrí la boca de par en par —lo sé porque luego me dolió la mandíbula durante horas—, y les insulté.

Ohh... ¡Cómo los insulté! No sabía que guardaba entre mi repertorio tantos improperios.

Después de mi actuación y «su actuación», me marché.

Las risas del trío me acompañaron hasta que salí del ático.

Tras ello, mi mundo se derrumbó...

Volví a casa. Junto a mi «querida» madre.

Claro... aguanté dos semanas.

En cuanto encontré un apartamento que me pude permitir, con la exigua indemnización que me reportó el trabajo de años en la empresa «familiar» y el paro que me quedó, me mudé. Sí, lo sé, solo se trata de algo menos de dos años y quizás tenga que regresar con el rabo entre las piernas, pero si conocierais a mi madre vosotros también habríais hecho lo mismo.

Y ahí estaba ahora. En mi nuevo hogar.

Tras un tiempo considerado de depresión. Preguntándome qué hacer con mi vida. Ahogándome en mi propia desesperación, y es que las ofertas de trabajo no era que abundaran en estos tiempos de crisis. Una mañana me levanté muy decidida, con una idea fija en mi cabeza: ¿por qué no me dedicaba a escribir?

Mi madre siempre me había tachado de imaginativa. Mis amigas siempre hablaban de mí como la «loca de la colina» y mi hermana, la seria y estricta Vanessa —con dos eses. Se enfada si no está escrito así—, decía que no podía conseguir nada de provecho porque siempre andaba entre las nubes. Pues como la palabra clave en esta historia es SIEMPRE —oye, ya que la repito tanto, será la palabra clave, digo yo—, podía plasmar esa imaginación al papel o mejor dicho, al ordenador.

Sería escritora.

Pensé que debía ser algo fácil ya que hasta una de esas contertulias, de uno de esos programas del corazón que tanto le gustaban a mi abuela, había escrito un libro. Conclusión: no debía ser muy difícil.

Ya tenía un objetivo: sería escritora —una persona muy sabia me dijo una vez que hay que repetirse mucho las cosas para creérnoslas por lo que lo hago muy a menudo—.

¡¡¡SERÍA ESCRITORA!!!

Me levanté por la mañana. No muy temprano por si a las Musas no les gustaba madrugar y me acomodé delante del ordenador.

Estaba ilusionada. Iba a plasmar todas mis ideas en un estupendo libro y luego todo el mundo podría leerlo. Sería un *best-seller*. Me conocerían por todos los sitios. Haría giras. La gente haría colas para conseguir un autógrafo mío y me llevarían a programas de televisión para hablar de mis obras.

Solo debía ponerme a escribir...

El ordenador me esperaba...

Tenía un objetivo por lo que ya estaba todo decidido, ¿no? Pues no. A pesar de tener un propósito, las horas pasaban y la página del Word seguía en blanco.

Probé más de una vez que el teclado funcionara, no fuera a suceder que después de ilusionarme con un nuevo proyecto las teclas o el programa no marcharan bien.

Escribí mi nombre más de una vez. Probé todos los tipos de letras que me ofrecía el programa informático:

Carolina Sánchez Blanco

Carolina Sánchez Blanco

Carolina Sánchez Blanco

Carolina Sánchez Blanco

Carolina Sánchez Blanco

Carolina Sánchez Blanco

Estaba claro, la mejor letra era la Times New Roman.

Volví a dejar la página en blanco y tomé un bolígrafo. Me acerqué el paquete de folios que descansaba en la mesa por si las Musas preferían lo clásico, lo tradicional, pero nada de nada.

Miré el reloj del ordenador y me fijé que habían pasado ya dos horas, y fue cuando decidí que quizás si me relajaba la inspiración llegaría.

Me tiré al sofá, con un botellín de agua en una mano y el mando de la televisión en la otra. Pasé de un canal a otro sin detenerme mucho en ninguna emisora cuando delante de mí estaba la contertulia que había escrito su famoso libro.

—A ver Lia, si ella puede... Tú puedes —me animé y me dirigí de nuevo al ordenador.

Pasado lo que fueron un par de horas más, en las que pude escuchar el sonido de una mosca y el goteo del grifo mal cerrado del cuarto de baño, lo conseguí:

Proyecto nº 1

¡YA TENÍA TÍTULO!

Título provisional pero menos era no tener nada.

El ruido de mi estómago y un vistazo al reloj me confirmaron que era la hora de comer, por lo que pensé que ya continuaría por la tarde. Apagué solo la pantalla del ordenador, no fuera a desconectarlo del todo y de pronto llegara la inspiración, y me marché a almorzar.

Capítulo 1

Después de pensarlo mucho y de darle vueltas a la cabeza, creo que con todo lo que vivisteis el otro día, con todo lo que os conté de mi vida —por cierto, más que a mi propia madre—, me he dado cuenta de que no sabéis quién soy o mejor dicho, cómo soy y hay que solucionarlo. Siempre me he tenido por una chica educada y aunque sea tarde, debo presentarme:

—Mi nombre es Carolina Sánchez Blanco. Lia para los amigos. Mido 1'70, más o menos, y peso 90 kg. Bueno, 95 kg. Bueno... y digo yo que, qué más da lo que pese; kilo arriba, kilo abajo: ESTOY ESTUPENDA. —Sí, hoy me he levantado con el ego subido.

»El cabello lo llevo corto, rubio, de un rubio natural que llama la... Vale, sí, me habéis pillado, es de bote pero tengo una peluquera que me deja divina cada vez que voy a verla... Cada 6 meses... Cada vez que tengo dinero.

»Mis ojos son de un color especial, brillante, atractivo... Esperad que me gusta soñar de vez en cuando, ains... En realidad, son marrones. De un insulso color café o por poner una etiqueta poética: caramelo —entre nosotros: color mierda—. Y soy... ¿Simpática? ¿Agradable? ¿Amistosa? No sé qué adjetivo encaja mejor para describirme, quizás algo cínica de la vida y no me gusta, no me gusta, no me gusta hacer nuevos amigos. Me cansan las relaciones diplomáticas y me gusta más quedarme en casa que...

»¡Agh! Acabo de darme cuenta que soy Mr. Scrooge¹.

»El tema es que como habéis podido averiguar, mi vida es un tanto complicada últimamente pero si queréis acompañarme en la aventura de ser ESCRITORA —que conste que lo pongo en mayúsculas para creérmelo del todo— sois bienvenidos.

»Y una vez hechas las presentaciones continuemos con la historia.

Un día más en la tediosa y aburrida mañana de una desempleada en este nuestro país, España.

Hoy, para variar, me ha tocado madrugar para ir a sellar al INEM. Lo sé, no me lo digáis, podría haberlo hecho por internet pero entre nosotros, no me fio de las nuevas tecnologías. Tengo la firme convicción de que lo que nos han vendido como el mayor de los avances, para el bien común de los ciudadanos

de a pie, es solo una artimaña de los que mandan para que, de alguna manera u otra, terminemos fuera de la lista de los miles de parados que acechamos en las estadísticas.

El despertador sonó bien temprano —no hay que olvidar que hay un horario para que te impriman el sello en la demanda de empleo—. Me arreglé con el mejor de mis trajes, el de color mostaza que siempre me ponía para dar una buena impresión cuando trabajaba, y me recogí el cabello con un moño impecable.

Sí, iba a sellar.

No, no iba a ninguna cita, ni entrevista, ni reunión pero... y si mientras esperaba llegaba el perfecto jefe, aquel príncipe azul que en vez de dar besos, repartiera trabajo.

¡¡ILUSA!!

Después de esperar una cola infinita que por arte de magia se evaporó en menos de diez minutos —la gente tiene mucha prisa cuando no tiene un trabajo al que acudir—, acabé delante de la endemoniada página en blanco... Perdón, no estaba en blanco, no me puedo olvidar del título que tanto me costó encontrar. Pues eso, terminé delante de la pantalla del ordenador esperando que mi *Proyecto n°1* avanzara.

Lo sé, el día anterior quedé con ella. Tenía una cita ineludible que cumplir por la tarde pero después de exprimir mi cerebro, buscando ese título ideal —aunque fuera provisional—, no me vi capacitada para continuar. También es verdad que me quedé dormida encima del sofá, con la baba colgando y solté más de un...

En fin, creo que todo esto no es necesario que lo sepáis.

El caso es que ahora estaba delante del ordenador. Quería escribir, crear...

Los segundos pasaron, los minutos les siguieron hasta que ya, harta de esperar más, cuando mi trasero llevaba plantado en la silla una media hora de reloj, me levanté y me puse a desembalar las cajas de la mudanza —en mi vida hubiera pensado que escribir agotaría tanto—.

Vacíé una caja tras otra. Limpié muebles, coloqué CDs, libros y guardé la ropa que quedaba de alguna maleta en el armario. Todo ello, mientras

arrastraba una bolsa de basura donde tiraba esos objetos preciados que tanto me gustaban y que mi querido prometido me había regalado —inciso: ¿se nota la ironía?—.

Acabé agotada. Las cajas estaban vacías. Los armarios y las estanterías estaban casi vacíos...

No lo entendía...

—A ver Lia —dije en voz alta—. Si viniste cargada como una mula. Si vaciaste el ático y apenas le dejaste nada a ese HdP. —Creo que no hace falta que os lo traduzca pero si no lo entendéis avisad—. ¿Dónde están las cosas? —me pregunté.

De pronto caí en la cuenta.

Sí, lo sé, a veces soy un poco lenta.

Cerca de la puerta, como si de una bandera negra se tratara —negra por el color no porque estuviera de luto—, había una docena de bolsas de basura que esperaban que las bajara a la calle.

—¿Y ahora qué hago?

Me desplomé sobre el sofá y dejé mis ojos fijos sobre esa montaña de plástico. La realidad acababa de golpearme bien fuerte dejándome K.O. y sin poder evitarlo comencé a llorar. No es que extrañara a Pepe —más bien le odiaba—, era que acababa de ser consciente de cómo mi vida había girado en torno a él, alrededor de alguien que me «amaba» —a su manera, lo sé; por eso lo de las comillas—, y ahora estaba sola.

Sola...

—Mierda de vida —repetía una y otra vez mientras por mi rostro corrían miles de lágrimas—. ¿Qué voy a hacer?

En ese instante la Marcha Imperial de Darth Vader resonó por el apartamento. Un momento muy oportuno para que sonara el móvil.

—Sí, mamá.

—Carolina —me saludó.

El silencio se posó a través de la línea telefónica.

Yo callada, intentando tranquilizarme, después del bajón que acababa de

sufrir.

Ella, mi madre, pues en realidad no sé qué estaba haciendo.

—Mamá, ¿querías algo?

—No. Solo llamaba para ver cómo estabas.

Dejé mis ojos en blanco.

—Bien... —mentí. Sí, mentí pero si la conocierais no me miraríais con esas caras ahora mismo.

—Ajá.

Un nuevo silencio.

—Mamá, tengo cosas que hacer.

—Ah, vale. Yo también.

—Adiós.

—Ah, sí, hija. Se me olvidaba —dijo de pronto.

—Sí...

—Hoy he visto a Jose, tu prometido...

—Ex prometido, mamá —le corregí.

—Preguntó por ti y...

—Mamá, de verdad, no quiero saberlo —le interrumpí contando mentalmente hasta diez.

—Pero Carolina —gruñí y sé que ella me escuchó—, Jose te echa de menos y...

—¿Para qué? ¿Para qué me echa de menos, mamá? ¿Para hacer un cuarteto en vez de un trío?

—Oh Lia, te pones insoportable cuando usas ese tono.

—Mira mamá —me calmé—, tengo cosas que hacer y...

—Y yo. Yo también tengo mucho que hacer —señaló—. Carolina, no eres la única que...

El timbre de la puerta retumbó en el apartamento. Salvada por la campana

en el último minuto.

—Mamá te dejó. Llaman a la puerta.

—Vale, Carolina. Te llamo mañana y...

—De acuerdo, mamá. —Colgué el teléfono no dejándola acabar.

Respiré. Respiré. Respiré.

—Lia, es tu madre. La mujer que te trajo al mundo. 1,2,3,4... —Me pasé la mano por el corto cabello y expulsé todo el aire que retenía mientras me decía esas palabras—. Tu madre.

Un golpe en la puerta me distrajo del discurso que me repetía cada vez que hablaba con ella.

—¡Lia! ¿Estás ahí?

—Belén. —Reconocí su voz enseguida a pesar de que llegaba distorsionada a través de la madera.

Belén es mi mejor amiga. Una de mis confidentes. Una amiga muy especial porque: ¡MI MADRE LA ODIÓ!

No es que seamos amigas por los sentimientos encontrados que produce en mi progenitora, para nada. Bueno, si esto va a ser como el confesionario —mientras decido cómo llamar a esto que compartimos, vosotros y yo, usaremos ese término—, creo que lo mejor es ser sincera y...

Sí, al principio fui solo amiga de Belén porque mi madre la detestaba: por sus pintas.

Mi amiga es alta, muy alta y delgada. Lo que llamaríamos una pajita andante. Viste de negro riguroso, con algún toque morado, y lleva las botas militares a todos los sitios —como sé que lo estáis pensando, os lo confirmo: hasta en la playa—. Su pelo no sigue ningún orden prefijado. Cada punta se dispara para distintos lados, teniendo el color que más le apetezca a su dueña en ese día. Su piel, de un blanco immaculado, brilla hasta en la oscuridad —os lo juro— y no puedo olvidarme de hablaros de sus gafas, de pasta grande con una tonalidad verde fosforito o naranja o amarillo o rosa o... En definitiva: Belén tiene un gran muestrario de lentes.

Excéntrica la llama mi madre. Yo, la mejor amiga que una persona puede

tener. Siempre ha estado a mi lado y con esto de Jose...

Belén siempre ha estado ahí.

—Hola preciosa —me saludó en cuanto le abrí la puerta—. ¿Y eso? ¿La basura? —Señaló las bolsas donde había tirado los últimos años de mi vida.

—La basura —confirmé.

—Pues vamos a sacarla.

Me arrancó una sonrisa. Belén siempre estaba dispuesta a ayudarme.

¹ Ebenezer Scrooge es el nombre del protagonista de la novela de 1843 *Cuento de Navidad* de Charles Dickens. Al principio de la novela es un hombre de corazón duro, egoísta, al que le disgusta la Navidad, los niños o cualquier cosa que produzca felicidad.

Capítulo 2

Tras desprenderme de los recuerdos más añorados de la relación con mi ex —vuelve la ironía—, necesitaba airearme, descansar de la paliza que me había dado arreglando el apartamento y olvidarme del mal trago que había pasado con la conversación mantenida con mi madre. Es por ello que Belén y yo decidimos irnos de cañas. Bueno, mejor dicho de coca-colas... Bueno, Belén bebió una coca-cola y yo un zumo. No nos gusta el alcohol aunque de vez en cuando nos pillamos nuestras peloterías —lo sé, no tiene lógica. Yo tampoco me entiendo a mí misma, a veces—.

Acabamos en el bar de la esquina, un local que irradiaba la esencia *cañí* de nuestra ciudad. En la barra central esperaban las miles de tapas que los comensales querían catar, como las patatas bravas, boquerones en vinagre o tortilla española —ains... ¡Tortilla de patata!—. Las paredes estaban cubiertas de baldosas marrones y blancas, de las que colgaban cuadros con fotografías, bufandas y algún que otro autógrafo del jugador del momento, del equipo al que apoyaban y por el que se juntaba la peña futbolística del barrio cada fin de semana. En los taburetes de diseño ultra moderno, si por moderno entendemos que llegaron al establecimiento allá por los años '90, se sentaban los de siempre: el pensionista que se aburre desde que se jubiló, el parado que le dice todas las mañanas a su mujer que va a buscar trabajo pero acaba delante de una cerveza, un grupo de jóvenes que en vez de estar en clase prefieren jugar al mus, y el perenne aficionado a las máquinas de luces, esas que prometen dar mucho pero solo tragan y tragan el dinero. Y nosotras...

Un cuadro *typicalspanish*.

La dueña nos saludó nada más entrar en el local. Nos habíamos hecho grandes amigas desde el mismo instante en el que Belén y yo elegimos su bar, EL LOLA —sí, ella también se llama Lola—, para festejar mi despido y mi reciente soltería.

Como buena «psicóloga» escuchó mis penas mientras Belén se retrasaba en una de sus múltiples visitas al baño, y terminó invitándonos a más de una ronda de lo que bebíamos. Ese día fue uno de los que sí probamos el alcohol ya que, aunque como ya os he dicho no somos muy dadas a esa clase de bebida, si queríamos celebrar algo no podíamos hacerlo con otra cosa —a la mañana siguiente ese raciocinio no le vimos mucho sentido. ¡Qué dolor de

cabeza!—.

Ese día, como no podía ser diferente, nos sentamos en la misma mesa de siempre y esperamos a que Lola nos trajera nuestra comanda.

—Hola chicas, ¿qué contáis de nuevo? —nos saludó al mismo tiempo que nos servía la consumición junto a unas buenas patatas bravas.

Asentí muda, con uno de esos gestos que buscan mostrar que todo va bien aunque no sea cierto, y me abalancé sobre la comida. Tenéis que comprenderme, entre el poco dinero que dispongo desde que me fichó la empresa más grande de España y que eran patatas —¡ME ENCANTAN!—, mi educación se quedó a un lado por el bien común, es decir, por mi estómago.

—Poca cosa —respondió Belén—. Hemos hecho limpieza en casa de Lia.

—Así me gusta. —La dueña del local me golpeó la espalda provocando que tosiera como una loca—. Fuera lo viejo, dentro lo nuevo.

—Toma. —Mi amiga me acercó el zumo para que bebiera. Asentí con la cabeza, dándole las gracias, y tragué cómo pude la patata—. Eso le he dicho a Lia —le dio la razón a Lola.

—Así me gusta, niña —repitió de nuevo mientras me daba otra vez en la espalda. Menos mal que ya no tenía nada en la boca—. Bueno, os dejo que mi público me espera.

Belén y yo nos despedimos de ella, para a continuación mirarnos y estallar en sendas carcajadas.

Entendedme, a Lola la queríamos mucho. Nos cuidaba mejor que nuestras propias madres pero entre las «caricias» que recibíamos por su parte y sus pintas —bajita, regordeta, con el pelo corto de un amarillo canario y el maquillaje... Bueno, que solía utilizar toda la gama de colores de la paleta de maquillaje—, conseguía alegrarnos el día.

—¿Qué te toca hacer hoy? —me interrogó de pronto Belén.

Me encogí de hombros y me llevé a la boca la última patata que quedaba en el plato.

—Escribir.

Mi amiga levantó una de sus delineadas cejas en un gesto de incredulidad.

—¿Todavía sigues con eso? —Asentí con demasiado énfasis—. ¿No crees que deberías hacer algo más de... —dudó— provecho?

La miré asombrada ante su pregunta. Mi amiga sabía lo ilusionada que estaba con este nuevo proyecto y no entendía su reacción. Vale que quizás no había avanzado mucho desde el día en que me decidí por un título —sí, lo sé, un título provisional. No hace falta que saltéis a la yugular— pero...

—No hay trabajo —dije.

—Lo sé.

—En casa me voy a volver loca si no hago nada.

—Lo sé.

—Belén, si esa mujer que sale en la tele lo ha hecho, ¿por qué no puedo yo? —Mi amiga levantó la mano para interrumpirme pero proseguí con mi discurso—. Tengo una carrera, de ciencias, pero algo recuerdo de las clases de Lengua y Literatura de Don Manuel, del instituto, por lo que no puede ser tan difícil...

—Lia...

Levanté mi mano, imitando su anterior movimiento, y la acallé.

—Va a ser un *best-seller*. Va a ser espectacular. Haré muchas presentaciones. Viajaré a Nueva York. ¡Belén, Nueva York!

—Creo que voy al servicio un momento —me anunció, al mismo tiempo que se levantaba de la silla y me dejaba con mis sueños.

Iba a ser una gran escritora.

En cuanto Belén se despidió de mí, delante del portal, tras haberme acompañado al supermercado para que hiciera la compra, me vi cargada como una mula —con todos mis respetos hacia el animal—, en precario equilibrio, tomando fuerzas para subir las escaleras que me llevarían hasta mi casa... Un cuarto piso...

Son estos momentos cuando me acuerdo del: «%&·&%·&%» del técnico del ascensor, de la «%·”&%&\$» pieza dichosa que deben hacerla en San Petersburgo porque hace más de dos meses que esperamos por ella, y en los queridísimos «%&·&”&&&·» hijos de mi vecina Karmele, a quienes se les

ocurrió saltar como endemoniados en el interior de la cabina, hasta que el elevador se detuvo y como suponéis, no volvió a arrancar.

Respiré hondo una vez, dos, tres y me lancé sin dudarlo más escaleras arriba.

Iba por la planta tercera, cuando de repente:

—Perdón...

—Perdón...

Así es como comencé la primera conversación que tuve con «Ñam-Ñam», mi vecino.

Nos chocamos en la escalera.

Yo subía.

Él bajaba.

Yo sudorosa, cargada como una mula —creo que estoy obsesionada con el pobre animal— con las bolsas de la compra y él veloz, ágil, refrescante.

Él silbaba de alegría.

Yo me acordaba de todos los santos existentes y los no existentes. Ains... los dulces y queridos hijos de Karmele, si me los dejaran un ratito. No sabemos los privilegios que tenemos hasta que los perdemos. Un ascensor, ese fabuloso invento que no recibe los elogios que se merece hasta que llevas en cada mano cinco bolsas de alimentos y debajo del brazo una caja de leche, de seis *bricks* —complicado. Lo sé. Yo tampoco entiendo cómo lo hice—.

El caso es que iba muy peripuesta, controlando uno a uno los escalones que me llevaban hasta mi querido apartamento cuando de pronto, una pared de hormigón chocó contra mí.

La compra cayó de golpe.

Intenté agarrarme a la barandilla sin demasiada suerte y si no hubiera sido por unas manos grandes, fuertes, de dedos largos y... Perdón, que me recreo en demasía con mis sueños. Pues eso, que si no hubiera sido por «Ñam-Ñam», quien tiró de mi chaqueta de lana para estabilizarme, ahora mismo no lo contaría.

En un primer momento mi furia interior me llevó a querer gritarle cuatro

improperios bien merecidos pero en cuanto elevé el rostro y fijé la mirada en esos ojos azules, su cabello castaño, en la sonrisa que me regaló...

Mi enfado se evaporó.

—Hola —¡Y qué voz! Profunda, grave, de esas que prometen cumplir todas tus fantasías—. ¿Estás bien? —Asentí muda, sin dejar de apoyarme en él—. ¿Seguro? —De nuevo asentí callada—. ¿Necesitas ayuda? —Negué... Muda otra vez, mientras él miraba las bolsas desperdigadas por el descansillo y alguna manzana que había salido de paseo por las escaleras—. ¿De verdad?

—Ajá —señalé.

«Ñam-Ñam» fijó sus ojos en los míos, lo que me permitió captar un brillo burlón ante el único sonido que había emitido. Colocó uno de mis mechones rubios detrás de mi oreja y me sonrió.

—Entonces me voy que llego tarde. Nos vemos —se despidió mientras yo asentía de nuevo en silencio y veía cómo desaparecía escaleras abajo.

Sí, no hace falta que digáis nada. Una conversación, conversación tampoco es que tuviéramos pero es que «Ñam-Ñam» está muy bueno, para quitar el hipo, de esos que logran que tu cuello gire ciento ochenta grados, hasta conseguir tortícolis. En definitiva: DE MUERTE.

En cuanto me quedé sola, recogí la compra como pude. Subí corriendo las escaleras, sin apenas esfuerzo, y me lancé al teléfono. Tenía que compartir mi experiencia «Ñam-Ñam» con Belén.

Y no lo vais a creer pero a partir de ese choque, mi día a día se transformó. Las Musas invadieron mi mente, y el *Proyecto n°1* tomó vida propia.

«Ñam-Ñam» fue toda una inspiración.

Capítulo 3

El mundo cambió de la noche a la mañana. Bueno, mejor dicho, mi mundo se transformó. No dormía, no comía, no cogía el teléfono a mi madre —esto es que no fuera extraño en mi día a día—. No hablaba con Belén... Bueno... Esto... Está bien, no me miréis así. Me habéis pillado. Siempre había escuchado, de boca de algunos escritores que salen por la tele, que la escritura les absorbía, y me apetecía descubrir cómo sonaba asumiéndolo en mi propia persona. Y la verdad: ¡¡SUENA MUY BIEN!! Pero cómo ya suponéis, es un «poco» mentira.

Es verdad que tras mi «conversación» con «Ñam-Ñam», mi mundo se trastocó pero no fue porque el ordenador y las Musas me secuestraran.

Proyecto n°1 comenzó a tomar forma por mi vecino.

¡¡SÍ!! ¡¡ES MI VECINO!! —imagen: yo gritando y saltando a lo loco—.

A la mañana siguiente descubrí que mi salvador, ya que no debemos olvidar que gracias a «Ñam-Ñam» no caí rodando escaleras abajo como una pelota que bota y bota sin fin, vivía en el apartamento de por encima de mí.

Cuando me mudé, tras el desagradable descubrimiento de que mi ex me había puesto los cuernos, eran pocos los vecinos con los que había coincidido. Tras esa «sorpresa», me vi sumergida en un tira y afloja donde mi corazón buscaba perdonar al que fue durante muchos años mi prometido mientras mi cabeza estudiaba la manera de cargárselo.

Es por ello que en el período en el que algunos podrían calificar de depresión, mi día a día se había centrado en pasar del sofá a la cama o salir —pocas veces— a comprar. Era en esas escasas ocasiones, en las que me obligaba a arrastrar el trasero al exterior de mi casa, cuando coincidía con algún vecino. Así es cómo conocí a Karmele y a sus «fantásticos» hijos; a Luis, un hombre mayor que siempre tenía una gran sonrisa que regalaba a cualquiera que se cruzaba con él; y a Bimba y Bumba, dos azafatas suecas que vivían debajo de mí.

Tengo que confesar que Bimba y Bumba no son sus verdaderos nombres, pero entre que parecen gemelas —rubias, de estatura impresionante, con un cuerpo que provoca la envidia de cualquier mujer— y que no conseguí

entenderlas cuando se presentaron... No me quedó otro remedio que apodarlas de alguna manera. Quizás, y esto que quede entre nosotros, algo debió influir que cada noche, cuando se quedan en casa y no andan volando por encima de nuestras cabezas, organizan fiestas donde los ruidos y gritos cuando están...

Cuando hacen...

Ejem...

Bueno, ya me entendéis, suenan como si fuera un *bim, bim, bam, bam...* que resuena por todo el bloque de pisos.

Pero que me desvíó y no os cuento lo verdaderamente importante: «Ñam-Ñam».

A él no lo conocí en su momento. No me había cruzado con él desde que me había mudado a mi nuevo apartamento. Según Karmele, mi vecina —nombrada con honores propios, *La cotilla mayor del reino*—, «Ñam-Ñam» llevaba fuera del país desde hacía bastante tiempo, por no sé qué beca que le habían dado por no sé qué motivos, y que le supuso trabajar en otro país... Estados Unidos, Arabia Saudí o China. Y ahora, había vuelto a su dulce hogar.

Con esa información tan «detallada», que le había sonsacado de forma discreta a mi vecina en el supermercado a la mañana siguiente de mi traspíe en las escaleras, me fijé un objetivo: conocer a «Ñam-Ñam».

Os juro que la información la sonsaqué de forma discreta...

Os lo juro por Snoopy...

Bueno, tal vez no fue tan... discreta, si analizamos bien la situación: ahí estaba yo, con mi radar activado en el mercado, buscando a la persona que pudiera ofrecerme los datos más completos de «Ñam-Ñam», cuando atisé a Karmele. Se encontraba en el pasillo del papel higiénico, comparando precios y calidad de las marcas que ofrecen más resistencia, suavidad y olor —no sabía que había papel higiénico con aroma a rosas—, cuando salté por encima de una mujer mayor con bastón, esquivé a una joven que me ofrecía la última galleta que le quedaba en el expositor, y me parapeté delante de mi adorada vecina.

No notó nada de nada, lo prometo.

—Karmele, que estaba yo pensando —la saludé mientras apartaba uno de

los cortos mechones rubios que me habían caído sobre la frente y resoplé—. ¿Quién es el tío bueno con el que me crucé ayer?

Ella me miró de arriba abajo y levantó una de sus cejas mientras sonreía.

—¿El escritor?

—¿Es escritor? —repetí ansiosa.

Mi vecina rio sonoramente y apoyó uno de los paquetes de rollos de papel sobre su gran cadera, para devolver el otro de diferente marca a la estantería.

—Es Roberto. Vive en el quinto, encima de ti y está soltero.

A partir de aquí desconecté por completo. Me llegaba la información entrecortada mientras comenzaba a soñar despierta.

«Ñam-Ñam» estaba soltero y se llamaba Roberto. Soltero...

—Lia, Lia... ¿Me prestas atención?

Karmele me devolvió al mundo real al empujarme sin demasiado cuidado, provocando que me chocara con un adolescente que aprovechó el descuido para tocarme el culo.

Me giré hacia él, para soltarle cuatro frescas pero las palabras quedaron atascadas en mi garganta cuando el chico me guiñó un ojo y me susurró que le llamara.

—¡Lia! —me reclamó de nuevo mi vecina.

—Sí, esto... Tengo que irme.

—¿Has escuchado todo lo que te he dicho? —Asentí mientras me alejaba de ella—. ¿Seguro?

—Sí —grité al mismo tiempo que me despedía con la mano.

Desde ese momento, las palabras claves fueron: Soltero y tío bueno.

«Ñam-Ñam», Roberto, no tenía novia. Era mi vecino y era escritor. ¿Podíamos tener más cosas en común?

Cuando regresé al apartamento, con los ojos bien abiertos por el camino por si volvía a tropezarme con «Ñam-Ñam» —hasta que me acostumbrara a su nombre había decidido que seguiría usando el apodo que mejor le describía—, cambié la decoración de mi hogar. Cargué con mi ordenador,

libretas y bolígrafos, y los llevé a la mesa que había en mi pequeño salón-comedor. Estaría cerca de la puerta y podría escuchar el trajinar de mis vecinos. Pensé que todo podía suceder y quizás en una de las subidas o bajadas de «Ñam-Ñam», de su apartamento, podría «coincidir» que tuviera que salir a comprar, sacar la basura o simplemente quisiera decirle «Hola».

La vida está llena de coincidencias...

Pasó el tiempo, las horas, los días y las semanas pero no logré mi objetivo.

La televisión la tuve apagada, junto a la música, en un intento por alejar cualquier sonido externo que imposibilitara escuchar los movimientos de mi vecino, pero no conseguí mi propósito. Aunque puse todos los medios disponibles por mi parte para «pillarle» —más de una vez mi puerta se abrió y mi cabeza se asomó al creer escucharle—, no volví a verle.

Capítulo 4

Los días se sucedieron y aunque todavía guardaba la esperanza de que «Ñam-Ñam» apareciera cuando doblara la esquina, comencé a bajar de la nube rosa a la que me había subido desde nuestro encuentro, para retomar mi vida.

—Algo bueno has sacado de todo esto, Lia —me dije a mí misma—. *Proyecto n°1* comienza a tener forma.

Aunque eso no era verdad.

Desde el encontronazo con mi vecino, los dedos se habían vuelto más ágiles sobre el teclado, conformando una aventura un tanto loca y disparatada, donde el protagonista masculino tenía cierta semejanza a... «Ñam-Ñam». No puedo negarlo. Obsesión es mi segundo nombre. Que me hubiera concienciado que quizás no volvería a toparme con el hombre que posee el cuerpo de David², no quería decir que perdiera mi táctica de «parabólica-atenta a todo».

Uno de esos días en los que la desesperación me invadía, por no escuchar ningún ruido en el exterior del apartamento —ni siquiera esa rata que los hijos de Karmele habían tenido como mascota y que terminó huyendo de sus «cariñosos» afectos en cuanto pudo—, comenzó a sonar la Marcha Imperial en mi móvil.

—¡Por Dios! —grité mientras observaba la pantalla del artefacto que en ese momento se me antojaba diabólico, y donde pude leer «Mamá»—. Si creía que el día no podía ir a peor... Me equivocaba. —Respiré profundamente y contesté—: Hola mamá.

—Carolina —saludó y el silencio se asentó por la línea telefónica.

Pasaron los segundos.

Se sucedieron los minutos.

Ninguna de las dos dijo nada.

Estos instantes son en los que dudo sobre dos cosas. No hablamos porque:

1. Somos ambas tan cabezotas que no queremos dar ese primer paso.

2. No sabemos qué decirnos.

En fin, como la buena y educada chica que soy, terminé dando yo el paso.

—¿Querías algo mamá?

—Sí. Claro. ¿No crearás que te llamé porque no tengo nada que hacer?
—atacó un tanto nerviosa, logrando que contara hasta veinte.

—Entonces... —le animé.

—Tu hermana, Vanessa...

—Mamá, es la única hermana que tengo —interrumpí y eso la molestó. La tensión hizo vibrar el móvil, os lo juro.

—Carolina, ya sabes lo que me molesta que...

—Te interrumpa. —Volví a hacerlo. Sí, lo estaba haciendo aposta. No me miréis así, es algo innato que me sale de dentro cada vez que hablo con ella. Vale, sí, tenéis razón, me disculpo ahora—. Perdona, mamá. Continúa, por favor.

—Vanessa, tu hermana —repitió de nuevo y os puedo asegurar que lo hizo adrede para ver si saltaba otra vez—, viene a comer a casa y ella ha sugerido que te acercaras tú también.

—Mamá, tengo muchas cosas que hacer y...

—Carolina —dijo mi nombre, con ese tono de madre que no admite réplica alguna, silenciándome.

—Sí, mamá. —Mi voz bajó un par de grados de volumen.

—A las dos.

—De acuerdo, mamá.

Lo siguiente que escuché fue el sonido de la línea del teléfono solitaria. Tiré el móvil sobre la mesa y me dejé caer sobre el respaldo del sofá, mientras bufaba de indignación.

Sí, me había acojonado. No os lo voy a negar. Pero tenéis que confesar que cuando vuestra madre se impone de esa manera, no hay forma de contradecirla.

Tenía una cita con el pelotón de fusilamiento: mi madre y mi hermana, Vanessa con dos eses.

A las dos en punto estaba delante de la puerta de la casa familiar. Un chalet de dos plantas que mis padres habían comprado hacía años. Entre esas cuatro paredes había pasado los mejores/peores años de mi vida. Había crecido rodeada de risas, amor y cariño, hasta que un día, sin saber la razón —todavía hoy me lo pregunto—, mi padre desapareció y mi madre cambió. Pero esa es otra historia...

Llamé al timbre, esperando que alguien abriera pronto ya que necesitaba ir al baño y rezando que hoy se tratara de una de esas reuniones donde el tercer grado no se llevara a cabo sobre mi persona.

La puerta se abrió.

—Ya era hora que llegaras —me saludó mi madre al mismo tiempo que me repasaba de arriba abajo—. ¿No tenías otra cosa mejor qué ponerte?

Miré al cielo, por si alguien allá arriba se apiadaba de mí y me lanzaba un rayo que me dejara en el sitio en ese momento o en su caso a mi madre —sí, a veces puedo ser muy mala—.

No hubo suerte.

—Hola mamá. Voy cómoda —dije, refiriéndome a los vaqueros y la camiseta color pollito que se ocultaba bajo la cazadora de tela vaquera—. Nos dejas entrar.

—¿Nos? —interrogó confusa.

Me aparté hacia un lado y señalé el árbol más cercano a nosotras.

—¿No te importará que haya invitado a Belén? —Era una pregunta retórica porque sabía que sí le molestaba.

—Hola señora Sánchez —saludó la susodicha a mi madre, regalándole una sonrisa.

—Belén.

Amistoso, de lo que se dice amistoso, no es que sonara el nombre de mi amiga en labios de mi progenitora, pero no es que me afectara mucho o sí porque unas burbujitas de felicidad comenzaron a corretear por mi estómago

al pensar que por lo menos le había fastidiado un poquito el día a la señora Sánchez.

—¿Entramos? —pregunté con una sonrisa un tanto diabólica.

Mi madre me miró y os puedo jurar que en sus ojos pude ver un brillo de venganza.

Las burbujas se desinflaron.

—Entrad. Tu hermana ya está dentro.

—¡Cómo no! —solté de pronto, cuando pasaba cerca de ella.

—Carolina...

Me mordí la lengua. El día iba a ser muy largo.

2 El *David* es una escultura de mármol blanco de 5,17 m. de altura y 5.572 kg. de masa; realizada por Miguel Ángel entre 1501 y 1504 por encargo de la Opera del Duomo, de la Catedral de Santa María del Fiore de Florencia.

Capítulo 5

—Lia, ¡cuánto tiempo!

Una rubia pechugona —operada—, de figura delgada —porque picotea como los pájaros—, vestida con un traje blanco de Chanel y unos zapatos que podría jurar que eran del diseñador ese que tiene nombre español y que cuestan un ojo de la cara, se levantó de la silla, en la que estaba sentada, ofreciéndome una sonrisa falsa en unos labios resultones, demasiados resultones, que hacía un mes —la última vez que la vi—, no estaban en esa cara.

Era Vanessa con dos eses. Mi hermana.

—Sí, no lo suficiente —dije guiñándole un ojo logrando sin querer evitarlo que emitiera una risita a lo Betty Boop, tan característica de ella.

—¡Tonta! —Me dio una palmada en el hombro—. Ohh... si has traído a tu amiga Esther. —Se acercó a ella y le dio un par de besos al aire en ambas mejillas.

—Belén —corregí.

Ella se volvió, moviendo sus enormes pestañas.

—¿Perdona?

—Belén. Se llama, Belén.

Se rio de nuevo como el dibujo animado.

—Pues eso es lo que he dicho. —Movié la mano, quitándole hierro al asunto.

—No...

—Niñas —mi madre apareció por la puerta portando una bandeja que olía de maravilla—, ¿comemos?

Miré a Belén quien negaba con su cabeza, instándome a que no continuara con el diálogo de besugos que entablaría con mi «listísima» hermana, si proseguía con el tema del nombre.

Decidí que lo mejor era pasar, dibujar en mi rostro la sonrisa

«aquínopasanada» y comer la lasaña que mi madre había preparado.

Ya salivaba de puro gusto al imaginar un trozo de esa delicia dentro de mi boca.

INCISO: Que no me llevara bien con mi madre y que prefiriera no compartir espacio con ella, porque al final me supondría una charla donde todos los defectos saldrían a la luz, no quitaba que soñara muy a menudo con LA LASAÑA. Solo os digo una cosa, si mi madre quisiera ir a MasterChef no tendría competidores —y yo podría conocer a Jordi Cruz³.

La comida fue bien.

Belén engulló lo que quiso, entre mirada y mirada de mi madre, subrayando con su actitud que no le agradaba de ninguna manera sus modales.

Vanessa con dos eses picoteó, dejando en su plato más de la mitad de la comida.

Y yo repetí...

Bueno, tripliqué lasaña. Ya os he dicho que está de muerteee...

Con el postre llegó la hecatombe.

Os pongo en situación:

Belén y yo estábamos embobadas siguiendo la telenovela que mi madre veía cada tarde. Un culebrón donde Felipe Augusto Manuel buscaba con desesperación que Encarnación de la Milagrosa y Tres Hermanas huyera con él, y abandonara a un chulazo rubio que no sé por qué a ambas nos costaba retener su nombre cada vez que se despojaba de la camisa.

Entre suspiro y suspiro, y alguna risilla, tomábamos café cuando...

—Lia...

—Umm... —respondí a mi hermana.

—Creo que tengo que comentarte que...

—Sí, dime. —Con sinceridad, me importaba bien poco lo que Vanessa con dos eses quería contarme. Mi mente estaba centrada en la pequeña pantalla, donde el actor *buenorro* iba a quitarse toda la ropa para lanzarse a una laguna.

—Voy a dejar a Manolo —soltó de pronto atrayendo mi atención por un

breve lapsus de tiempo. Entendedme, era ya su cuarto o... ¿Sería el quinto marido? Mi hermana cambiaba de pareja como de bragas —si llevaba—, por lo que no se trataba de ninguna novedad.

—¿Tú estás bien? ¿Eres feliz? —le interrogué algo preocupada. Que ella creyera que enamorarse era intercambiar a los hombres como cromos cada vez que le regalaban un diamante, un viaje a Montecarlo o a las islas Seychelles, no significaba que no me interesara por su bienestar.

—Sí.

Le guiñé un ojo conforme con su contestación.

—Me alegro. —Devolví la atención al culebrón, esperando que Belén me pusiera al día de lo que me había perdido.

—Lia... —Vanessa volvió a llamarme.

—Sí...

—He empezado una relación con otro hombre. —Su confesión no me sorprendió. Cuando dejaba a una de sus parejas era porque había conocido a alguien que le interesaba más.

—Vale —dije sin interés.

—Es Pepe...

En ese momento mi mundo se detuvo. No me importó que el tío rubio de la tele estuviera enseñando su contorneado trasero, ni que Belén tirara de mi mano intentando evitar lo que estaba a punto de suceder.

—¿Qué Pepe? —pregunté dudosa por si se trataba de otra persona. No se debe olvidar que en España el nombre de José es muy popular—. ¿Mi Pepe?

La risa a lo Betty Boop reverberó por la habitación.

—Bueno, si lo vemos con cierta perspectiva, en realidad sería ahora «mi» Pepe.

La boca se me cayó hasta el suelo. No podía creer que estuviera escuchando lo que estaba oyendo.

Me levanté de golpe de la silla en la que estaba sentada y apreté los puños con fuerza, sujetándome al respaldo del asiento para evitar que las manos cobraran vida y se estamparan en la operada cara de mi hermana —creo que la

violencia no lleva a ninguna parte pero JODER con mi hermanita—.

—Pero... Tú... Por qué... Cómo... —tartamudeé como tonta sin saber en realidad si vivía una inocentada o me encontraba en uno de esos *realities* de la tele.

—No sé de qué te extrañas. Te dije que Pepe era un buen partido —espetó mi madre, dejándome muda.

Las miré a ambas sin palabras.

—¡Y tan buen partido! —grité—. Le gusta follar de tres en tres y que su queridísimo amigo le dé bien por detrás.

Vanessa empezó a reír como una tonta ante mis palabras, logrando ponerme nerviosa al escucharla.

—Carolina, ya sabes que un hombre tiene sus necesidades y...

—¡Ja! No me hagas reír con esas chorradas madre. —Me llevé las manos a mi cabello y chasqué la lengua—. ¿Y quién va a cubrir esas «necesidades»? ¿Vanessa?

Mi hermana volvió a reírse como el dibujo y mi madre se encogió de hombros.

—En ocasiones...

Levanté la mano acallando lo que fuera a decir. No me apetecía escuchar más sandeces.

—Belén, nos vamos.

Mi amiga me miró, asintió y se despidió con mucha más educación de la que se merecían los miembros de mi familia, mientras le dejaba caer solapadamente a ambas que no quería saber nada de ellas en mucho, mucho tiempo.

[3](#) Jordi Cruz Mas (29 de junio de 1978), cocinero español que tiene tres Estrellas Michelin, y que presenta el programa de televisión gastronómico español llamado MasterChef.

Capítulo 6

Belén y yo acabamos en EL LOLA.

En cuanto entramos por la puerta, su dueña debió intuir algo porque nos acomodó en nuestro lugar favorito, echando a un par de señores mayores que iban muy peripuestos con la equipación rojiblanca de su equipo, preparados para seguir el partido de fútbol que emitían en la tele.

Nos sirvió un par de carajillos sin mediar palabra y desapareció tras la barra del bar.

Pasados unos minutos, en que ni mi amiga ni yo hablamos de lo que había sucedido en casa de mi madre, nos miramos a los ojos y no pude evitar estallar en una estentórea carcajada.

Belén me siguió al poco.

—¿Te lo puedes creer? —le pregunté. Ella asintió—. Vanessa con dos eses y Pepe. —Me llevé las manos hasta la frente y me reí de nuevo.

—Si me lo cuentan, ni me lo creo —dijo.

Negué con la cabeza y comencé a llorar de la risa.

—Betty y Pepe —repetí. Levanté los vasos que Lola había dejado sobre la mesa, y brindé con el de mi amiga. Nos tomamos el líquido incoloro de un solo trago, para a continuación toser como tontas.

—¿Otra? —me preguntó Belén.

—No debería pero... —dudé—. Mejor cerveza.

Asintió y se levantó para pedir a Lola las bebidas, además de algo de comer para acompañarlas.

Os estaréis preguntando la razón de mi diversión y no es de extrañar que estéis pensando que me he vuelto loca, pero todo tiene una explicación muy sencilla.

Lo que me había enfadado, ante la confesión de mi hermana, era que ni ella ni mi madre tuvieron en cuenta el daño emocional que podría causarme que Vanessa comenzara una relación con una persona que me había sido infiel —lo de una, dos o cinco personas a la vez, no tiene importancia—; con una persona

que se mofaba de la relación que mantenía conmigo, llamándome la *Virtuosa Lia* cada vez que se refería a mí cuando hablaba con sus amigos, y anunciando a los cuatro vientos que mantenía nuestra vida en común porque de cara a su padre le venía mejor.

De todo esto, me enteré con posterioridad a la sorpresa que me encontré cuando aparecí en el ático y que me llevó a buscar refugio en brazos de mi madre.

Ingenua de mí pensé que a pesar de las diferencias que podía tener con ella, siempre podría recibir el consuelo que una madre debía dar a sus hijos cuando no están pasando por sus mejores momentos.

No fue así.

En realidad me encontré con recriminaciones por su parte, acusaciones de que lo que sucedía o era mentira o, cuando ya logré hacerla ver que el mentiroso era Pepe, me lo había buscado yo solita. Fue ella la que terminó de quitarme la venda que cegaba mis ojos, contándome... Perdón, quise decir echándome en cara todo lo que su adorable Pepe iba diciendo de mí.

La quiero, es mi madre pero...

Me fui de su casa y, como ya sabéis, me establecí en el nuevo apartamento, donde pasé yo sola mi crisis hasta que llegué a una conclusión: Pepe no se merecía mis desvelos.

Si estaba con Vanessa, mi hermana, me daba risa ya que esos dos iban a acabar como el Rosario de la Aurora pero ese problema... Ese problema era ya «su» problema.

—Y dime, ¿algo nuevo de «Ñam-Ñam»? —me preguntó Belén, dejando delante de mí un botellín de cerveza y un plato de bravas.

Negué con la cabeza mientras me llevaba una patata a la boca.

—Nada de nada. Es como si se hubiera evaporado —comenté al mismo tiempo que le narraba de nuevo el encontronazo en las escaleras, hecho que ya le había relatado por lo menos cincuenta veces.

El timbre de la puerta me sorprendió. Después de la tarde-noche que había pasado en EL LOLA junto a Belén, me había marchado a casa a descansar. Se nos había ido la mano con las cervezas y mi estómago, y ahora mi cabeza, se

quejaba de ello.

No estaba en el mejor de mis momentos.

Una nueva llamada a la puerta se repitió consiguiendo que me levantara del sofá, donde había terminado roncando, y que me acercara a la entrada algo reticente.

No sabía quién podía ser pero le iba a decir cuatro cosas bien dichas, en cuanto lo descubriera.

No me dio tiempo.

En el instante en el que la puerta se abrió, «Ñam-Ñam» apareció ante mí, dejándome sin palabras.

—Hola —me saludó, mostrando en su cara una sonrisa que me desarmó del todo.

—Hola.

—¿Puedo?

—¿Puedes qué...? —pregunté sin entender.

—Esto... —dijo, al mismo tiempo que me alzaba en brazos, adentrándose en el interior de la habitación conmigo.

Si no fuera porque las bragas las tenía bien puestas y mis piernas rodeaban la cintura de «Ñam-Ñam», os puedo jurar que se me habrían caído ante los actos de mi vecino.

Su boca atrapó la mía, impidiendo que emitiera alguna queja o pregunta. Su lengua acarició mis labios hasta que, sin mucha resistencia, los abrí dejándola entrar para que buscara a su compañera.

No podía creer lo que estaba sucediendo. «Ñam-Ñam» estaba en mi apartamento. Me estaba besando —¡y cómo besaba!—. Y ahora buscaba, con mucha insistencia, desnudarme.

Oye, tampoco es que fuera a ponerle impedimentos. Hacía un mes que soñaba con ello, por lo que si no quería que habláramos antes de... —vosotros ya me entendéis—, tampoco iba a ser un problema.

Mientras él me quitaba la camiseta y los vaqueros, yo imité sus movimientos, deshaciéndome de su ropa. Ambos terminamos desnudos. Como

Adán y Eva en el Paraíso pero con la mente más sucia que la mítica pareja.

Nuestros labios, aunque parezca imposible, no se despegaron en ningún momento hasta que «Ñam-Ñam» me empujó sobre el sofá. Sus ojos azules se posaron en cada milímetro de mi piel, deteniéndose lo justo y necesario para que mi corazón latiera a mil por hora y mi estómago brincara ante la expectativa.

De pronto, su atención se centró más abajo de mi pequeña barriguita, consiguiendo que retuviera la respiración más tiempo de lo que debía. Pasé del rojo de la timidez, que su escrutinio me estaba provocando, a una tonalidad morada, que a pesar de ser uno de los colores que más abundaba en mi guardarropa, no era muy apropiado para esa situación.

Cuando mi vecino devolvió la mirada a mi rostro, se relamió.

—Menos mal que no he cenado porque pretendo darme un buen banquete.

Una risa tonta nació de mi interior mientras observaba cómo «Ñam-Ñam» se arrodillaba enfrente de mí, abría mis piernas y su cabeza se adentraba entre ellas.

¡No podía creer lo que me estaba pasando!

Su boca se asentó sobre mis labios genitales y su lengua comenzó a acariciarlos, arrancándome algún que otro gemido.

Mis manos acabaron encima de su cabello, instándole a que incrementara sus actos.

Grité de satisfacción en cuanto su boca masculina succionó mi clítoris y me pareció ver fuegos artificiales.

Fue ese el momento en el que un fuerte golpe me devolvió a la realidad. Acababa de caerme del sofá en el que me había quedado dormida tras la «fiesta» que habíamos organizado Belén y yo en EL LOLA.

Había sido todo un sueño.

¡Y vaya sueño!

Todavía seguía con la respiración alterada de lo que el «Ñam-Ñam» onírico había conseguido hacerme sentir.

¡Vaya sueño!

Si por lo menos me lo encontrara una vez más, podría cerciorarme de que no había sido una alucinación.

Era como si se hubiera evaporado y si no fuera porque Karmele me había hablado de él, podría pensar que todo había sido un espejismo provocado por el esfuerzo de cargar con tanta compra yo sola por las escaleras aquel día.

Pero Karmele también sabía que existía.

—¡Karmele! —grité de pronto como si hubiera encontrado el Maná.

Salí rauda y veloz, dejando la puerta de mi apartamento abierta, y descendí los dos pisos que me separaban de quien podía saber qué sucedía en todo este misterio: ¿Dónde estaba «Ñam-Ñam»?

Llamé al timbre, bueno... mejor dicho, dejé pegado el dedo en él hasta que mi soñolienta vecina asomó por la puerta.

—¿Lia? ¿Pasa algo? —preguntó extrañada mientras agarraba la bata, intentando esconder el camisón.

—No, es que...

—Si no sucede nada grave. —Negué de nuevo buscando tranquilizarla—. ¡¿Qué cojones haces llamando a mi puerta a las seis de la mañana de un sábado?!

—Esto... —Miré mi reloj de pulsera fucsia y confirmé que tenía razón. Mi obsesión por «Ñam-Ñam» me había desorientado—. Perdona, Karmele. Yo... No me he dado cuenta de la hora que es. —Solté el aire que retenía y sentí cómo mi cara adquiría un tono rojizo.

Mi vecina cruzó los brazos por delante de ella y negó con la cabeza.

—En fin, ya no tiene solución. ¿Qué querías?

La observé avergonzada ante su pregunta. En ese momento, al ser consciente de lo que había provocado el ser tan impulsiva, no sabía qué decirle.

—No. No pasa nada. Puede esperar. —Me di la vuelta e intenté huir.

—¡Lia, espera un momento! —Karmele no necesitó gritarme para que mis pies se detuvieran. Debía ser la experiencia que daba tener dos demonios como hijos.

—Acuéstate —susurré—. Luego vuelvo y...

—No está —indicó, apoyándose en el quicio de la puerta, sorprendiéndome.

No podía saber la razón por la que me encontraba delante de su casa.

—¿Quién? —pregunté dubitativa.

—Roberto. Tu vecino. —Señaló con un dedo hacia arriba, dejando claro con su sonrisa que sabía muy bien la razón por la que había ido a verla.

Os puedo jurar y perjurar que esta mujer tenía un «don», porque mis sentimientos los tenía bien escondidos. No había mostrado ningún interés por mi parte hacia «Ñam-Ñam» que ella pudiera observar.

—Pero...

—Te lo dije hace unos días. —Miró su reloj y rectificó—. Hace casi un mes. En el *súper*.

—¿El qué? —No sabía de qué me hablaba.

Karmele volvió a sonreír y se recolocó los rulos que tenía en la cabeza.

—Ya sabía yo que no me habías escuchado —indicó—. Roberto se ha ido de viaje, otra vez.

—¿Otra vez?

Movió la cabeza de manera afirmativa mostrando en los ojos un brillo pícaro.

—Pero vuelve hoy.

—¡Hoy! —repetí como si fuera una niña pequeña a la que le hubieran anunciado que esa noche venían los Reyes Magos.

—Lia, cuando me preguntaste por él. —Asentí—. Te expliqué que se había tenido que ir de nuevo, porque quería documentarse para su nueva novela, por un mes.

La miré asombrada.

—¿Me dijiste eso?

—Sí, pero no sé dónde estabas porque conmigo, en el supermercado, de

seguro que no te encontrabas.

Resoplé y negué con la cabeza. Si le explicaba a Karmele, en ese momento, que cuando mi cabeza escuchó que mi vecino estaba soltero, había comenzado a imaginarme como la señora de «Ñam-Ñam», de seguro que se reiría de mí a pleno pulmón.

—Creo que me despisté un poco —confesé.

—Un poco —repitió divertida—. El caso es que vuelve hoy por lo que...

—Gracias Karmele —la interrumpí—. Creo que tengo que...

—¿Marcharte? —indagó guiñándome un ojo.

—Sí. Tengo muchas cosas que hacer.

Mi vecina se rio de nuevo y cerró la puerta, no sin antes desearme suerte mientras yo corría hacia mi apartamento. Tenía muchas cosas que hacer, como ir a la peluquería.

Capítulo 7

El día se presentaba largo, muy largo.

En cuanto entré en mi apartamento, una idea fija revoloteó sobre mi cabeza: debía prepararme para la «cita».

Ya sé que no iba a ser una cita convencional, de esas que tienes una hora para presentarte ante tu galán, los nervios hacen acto de presencia y, en ocasiones, consigues que tu pareja vomite la cena encima de tus preciosos zapatos —entre nosotros, es una experiencia que no os recomiendo—.

Si nos centramos en la realidad, en vez de cita se podría llamar asalto y derribo pero me hacía ilusión ponerle esa etiqueta y soñar con la idea de que «Ñam-Ñam», con su deslumbrante sonrisa y una rosa entre sus manos, me diría que me ha extrañado que...

Vale, ya abandono el planeta de los sueños y aterrizo sin frenos en la Tierra, y para ello lo primero es lo primero: CAFÉÉÉ... —no soy persona sin el milagroso y endemoniado brebaje negro—.

Tras la dosis de cafeína, llamé a Dolores y, después de que mis delicados oídos tuvieran que soportar más de un impropio, concerté una cita —no sé por qué razón no estaba bien visto llamar un sábado a las siete y media de la mañana a tu peluquera—.

Iba a romper mi norma no escrita: teñirme solo cuando las raíces me llegan a la altura de las orejas.

Era una emergencia, no había excusas y una «cita» con Roberto lo merecía.

En cuanto entré en la casa/peluquería de Dolo no pude evitar contar toda mi historia con «Ñam-Ñam», ya que no debemos olvidar que una de las funciones de las esteticistas, es la de ser confesores.

Ella tampoco tuvo que obligarme mucho para que desembuchara.

Estaba ansiosa de compartir con alguien mis desvelos y más si lo miramos desde el punto de vista de que me ayudó a coger perspectiva ante la futura cita/encontronazo, llegando a una clara conclusión: necesitaba ropa nueva.

Tras una intensa caminata por Gran Vía y la calle Preciados, por fin encontré «El Vestido».

Era ideal. De color azul. El tejido se adaptaba bastante bien a mis curvas, consiguiendo disimularlas, y los pequeños brillantitos, que se asentaban en el ruedo de la falda, lograban atraer la mirada del espectador. Era casi como si la que llevara esa ropa fuera otra mujer, otra Lia.

Como estaba bastante agotada tras la sesión de compras, algo a lo que no estaba acostumbrada —para mí ir de compras suponía dar un click al ratón del ordenador mientras me debatía si elegía el negro, el negro o a lo sumo un moradito—, decidí que necesitaba regalarme un frapuccino bien frío y sentarme en la terraza de la cafetería, buscando que los escasos rayos del sol me calentaran.

Me quedé adormecida, con la baba cayendo por la comisura de los labios y soñando con «Ñam-Ñam».

Estaba en la mejor parte del sueño, esa en la que mi vecinito me robaba un beso de los que conquistan el último latido de tu corazón, cuando un fuerte golpe me devolvió a la realidad.

—Señora, ¿se encuentra bien? —Pestañeeé con fuerza, intentando alejar la neblina de la cabeza, y asentí muda al jovenzuelo que me miraba con extrañeza mientras me agitaba el hombro—. ¿Puede dejar la silla libre? La normativa del establecimiento indica que si ya no consume —señaló mi vaso vacío—, debe abandonarlo.

—Sí, claro. Ya me marcho —espeté con brusquedad al mismo tiempo que recogía las bolsas y juraba en voz alta que no volverían a verme por allí.

¡Qué poca vergüenza! Alejarme de «Ñam-Ñam» de esa manera.

Tuve suficiente tiempo para desahogarme, soltando por mi boca demasiados insultos, improperios y discursos de camino a mi casa, por lo que cuando entré por la puerta mi humor se había transformado ante la perspectiva de lo que podía suceder esa misma tarde.

Sin dudarle, me engalané para la deseada cita y tras ello...

A esperar con una oreja puesta en la escalera para que no se me escapara mi vecino.

Pasaron las horas y con ellas miles de dudas: ¿Se acordaría de mí? ¿Él también habría pensado en nuestra «conversación»? ¿Habría soñado conmigo?

Tengo que reconocer que a lo largo de este mes, en el que mi atención estaba más anclada en quién subía o bajaba las escaleras del edificio, hubo algún instante en el que creí reencarnarme en Annie Wilkes, la protagonista de *Misery*⁴, pero es que...

«Ñam-Ñam» está *requetebueno* por lo que mis desvelos, mi obsesión y mi enamoramiento no era preocupante. Si «Ñam-Ñam» está... *ñam, ñam* todo se puede perdonar.

Después de las dudas, llegó la desesperanza: NO IBA A APARECER.

Los zapatos terminaron arrinconados, las medias regresaron al cajón de donde no debieron salir nunca y el peinado, que con tanto esmero me había realizado Dolores, acabó sustituido por un recogido casero, sin seguir ningún orden prefijado.

Me había pasado todo el día montada sobre una nube rosa y ahora, la desilusión se había hecho presa de mí.

Roberto no iba a regresar a su casa.

Cené una ensalada y encendí la televisión en esa cadena donde no paran de darse gritos los invitados, con el objetivo de que mi depresión desapareciera pero no tuve mucho éxito.

Cuando los ruidos de la calle se silenciaron y el rugido del león en la pequeña pantalla anunciaba el comienzo de una película, fue el momento en el que decidí que el vestido tan fabuloso que me había regalado para mi no-cita, estaría mejor guardado en el armario. Me puse el pijama de ositos rosas que me acompañaba cuando mi ánimo decaía y agarré la tarrina de helado de chocolate que guardaba para las emergencias.

¡Mi vida era un asco! Hasta Roberto me daba plantón.

Era muy consciente de que no se trataba de una cita-cita, pero podría haber tenido la decencia de regresar a su casa.

Gracias a las dulces cucharadas de helado mi melancolía se fue disipando, animada por las escenas cómicas de la película que echaban en la tele.

Al final parecía que el día no iba a acabar tan mal del todo o por lo menos intenté auto convencerme.

En un momento dado, no sé muy bien la razón, decidí que debía bajar la

basura a la calle. La cuestión no es lo de bajarla o no, porque era una necesidad —desde hacía más de diez días que esperaba en la terraza de la cocina—; el tema era cómo se me ocurrió hacerlo: en pijama, con los pelos que parecía que hubiera metido los dedos en un enchufe y con algún rastrojo de helado en mi cara.

Tenía la tonta idea de que a las tres de la mañana no me tropezaría con nadie.

Estaba equivocada.

Todo pasó a cámara lenta: salí de mi apartamento, arrastrando la bolsa negra, que como os he mencionado llevaba bastante tiempo anclada en mi cocina, y me topé con ÉL.

Con «Ñam-Ñam».

Bueno, más bien me choqué de bruces.

La risa masculina resonó por la escalera, al mismo tiempo que mis mejillas adquirieron una tonalidad rosada.

—Nos encontramos de nuevo o mejor dicho: nos chocamos de nuevo. —«Ñam-Ñam» volvió a reírse mientras retrocedía un par de pasos.

Solté la bolsa sin mucho cuidado y me crucé de brazos, en un vano intento de protegerme de la visión de mi querido vecino, no sin antes intentar recolocarme el pelo para mostrarle un aspecto medianamente decente —nota mental: no volver a salir a la calle nunca jamás, de los jamases, con esas pintas—.

—Hola —le saludé con voz ahogada sin mirarle a los ojos y el silencio se asentó entre nosotros.

Pasaron los segundos y ninguno de los dos dijo nada. Ni un ruido se escuchaba en el descansillo, solo nuestra respiración. Algo acelerada la mía, por la situación en la que me encontraba, y pausada la de él —demasiado relajada para mi gusto—.

Con cierto recelo elevé mi rostro y le miré, y la baba estuvo a punto de caérseme de la boca. Os prometo que «Ñam-Ñam» podría ocupar el puesto de Velencoso en cualquier pasarela y sus admiradoras no le echarían de menos.

Ni en mis fantasías estaba *tan bueno*...

Roberto me observaba apoyado en la pared, en una posición relajada. Iba vestido con unos vaqueros azules y una arrugada camisa blanca, que mostraba las muchas horas de viaje que debía haber sufrido su dueño. A su lado había una bolsa marrón que descansaba a sus pies.

Busqué su mirada azul, aquella que tan bien recordaba, y pude observar cómo la diversión navegaba por sus iris. Una de dos: o se lo estaba pasando muy bien por la nueva situación en la que nos encontrábamos o se reía de mí.

Con sinceridad, no me apetecía mucho averiguarlo, más porque la última visión que me devolvió el espejo, nada más salir por la puerta de mi apartamento, me recordaba que mi aspecto estaba muy lejos de cómo me encontraba horas antes.

Expulsé el aire que retenía, atrapé la bolsa de basura e intenté bajar a la calle, pero me fue imposible.

—Ehh... ¿Dónde vas? —me preguntó, interponiéndose en mi camino.

—A tirar la basura —indicué lo evidente—. Si me lo permites.

Algo debió notar en mi tono de voz porque elevó las palmas de la mano hacia arriba y dio dos pasos hacia atrás.

—Sí, claro. No quería molestarte. —Agarró su bolsa de viaje y se alejó de mí.

Os prometo que conté hasta diez, incluso me dio tiempo de hacerlo hasta veinte, para evitar la explosión, pero mi carácter es algo impredecible.

Sin lograr evitarlo, me giré con demasiada velocidad para enfrentarme a la persona que me había robado durante un mes mis sueños y que en ese instante se estaba convirtiendo en el ser más odiado del universo —sí, a veces o, mejor dicho, muchas veces tiendo a exagerar—.

—Que no querías molestar —siseé—. Que no querías molestar... —repetí con un tono de voz algo más elevado que lo apropiado a esas horas, pero logré lo que pretendía —creo— y es que Roberto se detuvo y me miró extrañado.

—¿Estás bien?

Moví la cabeza de forma afirmativa, con demasiada fuerza.

—Muy bien aunque no será por ti.

Mi vecino se señaló con el dedo.

—¿Yo? —Asentí de nuevo—. ¿Qué he hecho?

Sin previo aviso por mi boca salió un discurso algo incoherente donde mi corazón dirigía y mi cerebro callaba. Una perorata donde le explicaba el mes que había tenido, donde a causa de un infortunado choque, había conseguido que estuviera más tiempo colgada a la puerta de mi casa, por si le oía subir o bajar las escaleras, y así propiciar un nuevo encontronazo que haciendo otras cosas. Donde lo único bueno, aparte de tenerme en un sin vivir constante, era que mi manuscrito, ese que llevaba como título *Proyecto n°1*, había avanzado bastante —las Musas o los sentimientos que tenía hacia «Ñam-Ñam», hacían su trabajo—.

Solo tenía la esperanza de que a la velocidad a la que iba mi lengua, el único espectador y causante de mi alegato, no entendiera ni una palabra.

En algún momento, cuando le estaba narrando cómo asalté a nuestra pobre vecina Karmele, para sonsacarle información sobre él, mis pies tomaron vida propia y me acercaron hasta él. Mi dedo acusador se topó con su férreo torso y su sonrisa me desarmó, acallándome justo cuando terminaba de explicarle cómo le había esperado en mi casa, engalanada con un vestido que había comprado para él y que había ido a la peluquería solo por él.

El fin de la oratoria fue algo brusca. Creo que influenciada por el calambre que me dio tocarle con el dedo índice y al ver una chispa pícaro en su mirada.

Mi respiración acelerada daba testimonio del estado en el que me encontraba, pero Roberto seguía demasiado tranquilo para mi parecer.

Bueno, quizás es sordo y no ha escuchado nada de lo que le he relatado, me dije a mí misma en un vano intento de consolarme.

En mi vida me había comportado de esa manera y menos con un desconocido.

Estamos de acuerdo que llevo un mes en el que solo pienso en mi vecino, pero si somos sinceros: solo hemos cruzado dos frases por lo que en realidad era un desconocido —acabo de darme cuenta de que estoy experimentando un momento de lucidez, que debería haber tenido hace un mes. Colleja al aire para mí, para que la próxima vez espabile antes—.

Esperé unos minutos, por si Roberto quería añadir algo a lo que le había contado pero no dijo nada.

Recé, imploré porque no me hubiera entendido; si no era sordo siempre quedaba la esperanza de que fuera extranjero y sus conocimientos del castellano se basaran en alguna frase suelta.

Pero mi ilusión duró poco.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó divertido.

Yo asentí e intenté alejarme de él, pero con rapidez atrapó mi mano reteniéndome.

—Tengo que bajar la basura —indiqué con timidez.

Después del «peazo» discurso que le había soltado, la vergüenza se había apoderado de mí y no me atrevía a mirarle a la cara.

—Lo sé. Lo has dicho antes —comentó—. Mira, yo...

—Perdona —le interrumpí y aunque me costó al principio, enfrenté su mirada azul—. Lo siento. Creo que la tarrina de helado que me he comido ha provocado que diga demasiadas estupideces.

«Ñam-Ñam» sonrió.

—¿De qué sabor?

—¿El qué? —pregunté sin saber a qué se refería.

Roberto se rio.

—El helado.

—De chocolate. —Le regalé una sonrisa.

Acercó su pulgar a la comisura de mis labios y limpió lo que debía ser una pequeña mancha porque se lo llevó a la boca y me devolvió la sonrisa.

—Parece que está bueno.

—Sí —afirmé con torpeza.

Mi corazón, por unos segundos, dejó de latir. No entendía qué sucedía.

—¿Te queda más? —Asentí—. Tengo que darme una ducha, para quitarme el cansancio del viaje, pero no me importaría probar ese helado.

Me aparté de él y me acerqué hasta la puerta de mi casa.

—Espera que te lo doy y te lo subes —le ofrecí pero cuando metía la llave en la cerradura, su mano me detuvo y me susurró al oído.

No le había escuchado acercarse.

—Quería decir que me apetece probar el helado contigo.

Mi corazón se detuvo de nuevo —si esto sigue así tenía muchas posibilidades de que me diera un infarto, por lo que estad atentos, por si tenéis que llamar a Urgencias—.

—¿Conmigo? —pregunté hacia el cuello de mi pijama.

—Sí —Roberto afirmó mientras su mano subía y bajaba por mi espalda.

—Pero... —dudé—. ¿Estás seguro de lo que dices? —mi lengua traicionera no supo estarse quieta e insistió.

No entendía que después de mi aspecto, del discurso que le había soltado, donde podía hacerse una idea equivocada de que tenía una loca viviendo debajo de él, quisiera estar conmigo.

«Ñam-Ñam» se rio.

—Muy seguro. Necesito esa ducha pero si quieres subir a...

—Sí, claro —le interrumpí mientras me giraba para mirarle, sin dejar que terminara la invitación.

—Pues vamos —me animó al mismo tiempo que agarraba su bolsa de viaje y tiraba escaleras arriba de mí.

—Roberto, ¡espera!

—¿Sí?

—Esto... yo... —titubeé—. Tengo que tirar la basura.

Mi vecino sonrió y dejó que su mano se posara sobre su corto cabello.

—Sí, claro. —Soltó la maleta y se acercó hasta la basura—. Yo la bajo.

—No. —Le agarré de la mano y le detuve. Era la primera vez que tocaba su piel y por raro que pareciera, una sensación de hogar me recorrió de arriba abajo—. No puedo dejar que lo hagas tú. Ya la bajo yo.

—Pero...

—No. Tú sube a tu casa, date esa ducha que necesitas y ya me ocupo yo de esto.

Roberto me acarició la mejilla, para darme un beso después en ella.

—De acuerdo. Te dejaré la puerta entornada —señaló—. Sube cuando termines.

Asentí y dejé que mis ojos se posaran en su ancha espalda para descender hasta su firme trasero, mientras veía cómo «Ñam-Ñam» subía las escaleras.

No sabía muy bien qué había sucedido.

No entendía la razón por la que un hombre como Roberto, «Ñam-Ñam», podría querer compartir un helado conmigo tras el discurso que le había soltado...

Respiré, expiré.

Respiré, expiré y salté de alegría.

—¡¡¡Tengo una cita con «Ñam-Ñam»!!!

[4](#) Novela de terror psicológico de Stephen King, publicada en 1987 y llevada al cine en 1990 por el director Rob Reiner.

Capítulo 8

Lo primero que hice en cuanto Roberto desapareció camino de su apartamento, fue descender, igual que el Correcaminos, escaleras abajo arrastrando la dichosa bolsa de basura mientras, juro que es la verdad, de mis labios salía un *bip, bip* imitando al dibujo animado.

Después de realizar la tediosa tarea, me precipité por la puerta de mi casa para intentar adecentar mi aspecto. Aunque mi vecino me había visto en las peores condiciones que puede estar una mujer, pensé que lo correcto era no ponerme el dichoso vestido que parecía que hubiera atraído el mal de ojo hacia mí, pero sí podía quitarme mi querido pijama de ositos y arreglar, si tenía arreglo, el cabello y mi cara.

Emití un enorme grito de terror en el instante en el que el reflejo del espejo me mostró cómo me había presentado ante «Ñam-Ñam». Y es que, ante la esperada cita, y a pesar de no ser muy amiga del maquillaje, había decidido pasar por el taller de chapa y pintura.

En un principio estaba despampanante —creo que después del tiempo que lleváis a mi lado, habéis deducido que me quiero mucho—, pero con el paso del tiempo me había convertido en el payaso asesino de *It*.

Decidí que lo mejor que debía hacer era lavarme la cara y dejarla limpia de cualquier producto artificial. Si Roberto no se había asustado con mi aspecto último modelo de *clown*, menos lo iba a hacer con la verdadera Lia.

Me puse unos *leggings* negros y una camisa ancha, ropa con la que me encontraba cómoda, y atrapé dos tarrinas de helado que guardaba en el congelador —como lo estáis pensando os lo confirmo: en mi congelador SOLO hay helado—.

Conté hasta diez, respiré con profundidad y subí los escalones que me separaban de mi destino, de «Ñam-Ñam», de Roberto —nota mental: Lia, acuérdate de su nombre o la vas a cagar—.

Confirmando las palabras de mi vecino, pude observar que la puerta de su apartamento estaba entornada dándome la bienvenida, por lo que sin pensármelo mucho me adentré en su interior y cerré tras de mí.

La música de jazz me dio la bienvenida, único sonido que había por el

apartamento a excepción del ruido de la ducha.

Poco a poco, dejando que mis ojos inspeccionaran el interior de la casa, llegué hasta el salón. Una mesa redonda presidía la habitación y encima de ella descansaba una nota en la que había escrito una palabra, Lia.

—Sabe mi nombre —susurré en voz alta ante la sorpresa—. ¡Sabe mi nombre!

No sabéis la ilusión que fue para mí descubrir que «Ñam-Ñam» se había molestado en descubrir mi nombre.

Giré alrededor de mí, llevándome ese pequeño papel hasta el corazón, y cerré los ojos brevemente suspirando. Unos nanosegundos de felicidad que se interrumpieron cuando me acordé de que si había una nota encima de la mesa, con mi nombre, tenía que leer qué había en ella —ya sabéis que con pequeñas cosas comienzo a volar—.

Bienvenida a mi humilde hogar:

Ponte cómoda.

No tardo. Tengo ganas de saber de ese libro que hablabas.

XOXO

Roberto

Tras leer la nota, mis piernas fallaron como si fueran un chicle rosa chillón pegajoso —no entiendo mucho lo de tantos adjetivos en esta frase pero oye, estoy viviendo mi fantasía por lo que me permito la licencia—. El sofá me recibió con los brazos abiertos y un prolongado suspiro escapó de entre mis labios. Tampoco es que en el papel me dijera mucho pero si mi prehistórica cabeza no estaba muy anclada en el pasado creo que esas equis y esas oes solo significaban una cosa: besos y abrazos; y yo estaba muy FELIZZZZZ...

El agua dejó de correr en la habitación de al lado, prueba de que Roberto estaba a punto de salir.

Me reacomodé en el sofá, poniendo mi espalda algo más recta de lo que estaba acostumbrada y me alisé unas arrugas imaginarias de la camiseta. Posé mi mirada marrón en la pequeña puerta y esperé a que mi anfitrión apareciera.

No se hizo de rogar.

—¡Hola! —me saludó regalándome una gran sonrisa—. ¿Has venido?

Asentí muda ante su pregunta. Sentí que las palabras se atascaban en mi garganta ante la visión que tenía delante de mí.

Roberto estaba desnudo de cintura para arriba, dejando sus abdominales visibles a mi inspección —¡qué pedazo de tableta de chocolate!— y de cintura para abajo solo llevaba una toalla blanca como única prenda de vestir.

Recé a todos los santos existentes y a quien fuera que había ahí arriba que se estaba acordando de mí, porque en la vida habría creído que viviría un momento como este.

Pestañee un par de veces seguidas, por si se trataba de un espejismo, pero «Ñam-Ñam» seguí ahí. Vestido de esa guisa.

—Lia, ¿estás bien?

Su preocupación logró que regresara.

—Sí, perdona.

Roberto sonrió de nuevo y me guiñó un ojo.

—Me alegro. Me visto y vuelvo en unos minutos —señaló con mofa.

El muy cabrito se lo pasaba muy bien provocándome.

—De acuerdo. En mientras prepararé el helado. —Roberto asintió y desapareció detrás de una puerta.

En cuanto me quedé sola, me levanté rumiando, recriminándome que debía comportarme como la mujer adulta que se entendía que era con la edad que ya tenía —menudo trabalenguas—, pero al mismo tiempo podía comprender que mis pocas neuronas se desperdigaran, llegando a dar saltos de alegría cuando mis ojos se habían deleitado con esa visión.

Coloqué el helado en un par de tazones que encontré, tras registrar las encimeras de la cocina, y regresé al salón justo en el momento en el que Roberto también lo hacía.

—Toma —le ofrecí su helado—. Solo me quedaba de fresa. Espero que también te guste como el de...

Por unos segundos mi lengua se trabó. Iba a decir chocolate pero en ese instante recordé cómo había confirmado mi vecino el sabor que había comido

momentos antes de nuestro choque, y mis mejillas adquirieron una tonalidad rojiza.

—¿Chocolate? —Roberto terminó la frase por mí.

—Ajá.

—Sí, de fresa también me gusta —indicó con cierto toque travieso atrayendo mi atención—. ¿Nos sentamos?

Accedí con timidez a su invitación, acomodándome en una de las esquinas del sofá.

Roberto, que había seguido mis movimientos, se rio al mismo tiempo que se sentaba cerca de mí.

—Lia, no muerdo —comentó con retintín.

—Lo sé —dije con seriedad y me metí en la boca una cucharada de helado sin atreverme a mirarle.

El silencio se adueñó de la habitación en cuanto la música de jazz cesó.

Dejé el tazón en la mesa cuando finalicé y esperé a que mi vecino entablara algún tipo de conversación. Aunque os extrañe, el gato se había comido mi lengua y no era capaz de pronunciar palabra alguna que me pareciera interesante.

Pasaron los minutos y Roberto no hablaba.

Yo no hablaba.

Esto se parecía cada vez más a un velatorio, por lo que tomé una decisión:

—Bueno, creo que me marchó. Es tarde y...

Había comenzado a incorporarme cuando una fuerte mano tiró de mí y me devolvió al mismo sitio que ocupaba antes.

—¿No quieres saber por qué sé tu nombre? —soltó de pronto.

Le miré con curiosidad.

—Pues ahora que lo dices...

La risa varonil de «Ñam-Ñam» me envolvió.

—Karmele.

—¿Karmele? —pregunté dudosa—. ¿Mi vecina?

—Nuestra vecina —corrigió sonriendo.

Le correspondí con otra sonrisa.

—¿Qué tiene que ver Karmele en que conozcas mi nombre?

Roberto se acomodó en el sofá, apoyando su espalda en el respaldo, y estiró los brazos hasta colocar uno de ellos detrás de mí.

—¿Te acuerdas de cuando nos vimos por primera vez?

—Chocamos en la escalera. —Reí—. Parece que estamos predestinados para chocarnos en la escalera.

Mi vecino también se rio.

—Fue un momento... ¿Cómo lo describiría? —Me observó mientras dejaba la pregunta en el aire.

—¿Especial? —me envalentoné.

—Especial —Roberto repitió y atrapó mis manos—. Ese día tenía una cita muy importante y fue por eso por lo que no insistí mucho en ayudarte con la compra.

—No te preocupes —quité importancia a ese hecho—. Tampoco te habría dejado. Soy algo indep...

—Independiente —me cortó mientras yo movía la cabeza de forma afirmativa—. Lo sé. Me lo dijo Karmele.

—Pero...

Me acarició las manos acallando lo que fuera a decir.

—Cuando volví de mi reunión, lo primero que hice fue hacerle una visita a nuestra querida vecina. Necesitaba averiguar quién eras.

—¿A qué hora? —le interrogué de pronto. No sé por qué razón me era de vital importancia descubrirlo. Mi cabeza le estaba costando asimilar la última parte de su confesión.

—¿El qué?

—¿A qué hora fuiste a casa de Karmele? —aclaré.

—Bueno... —Me soltó una de las manos y la llevó hasta su cabello, despeinándose mientras asomaba una sonrisa en su rostro—. Según ella más tarde de lo que se debería recibir a visitas decentes.

Estallé en una gran carcajada, lo que hizo que Roberto me mirara con asombro.

—Yo hoy me he presentado a las seis de la mañana en su casa —dije logrando que él también se riera.

—Vaya par de dos.

—Sí.

Volvimos a reír.

Cuando logramos calmarnos, miré esos ojos azules y le pregunté:

—¿Es por lo que no has pensado que estuviera loca? —le recordé la escena que había protagonizado en el descansillo.

Roberto apartó uno de mis mechones y me acarició la mejilla.

—Ha sido el mejor momento de mi vida —anunció—. Creí que el loco era yo por el mes que he pasado. Pensando, soñando solo contigo.

—El mío también —confesé—. A excepción de cuando...

—Chocamos la primera vez —terminó lo que iba a decir—. Siempre agradeceré a los hijos de Karnele que rompieran el ascensor.

—¿Por qué?

—Porque si no llega a ser por ellos no podría besarte —explicó con una sonrisa.

—¿Besarme?

—Sí, besarte —susurró mientras se aproximaba a mí.

Roberto colocó sus manos en mis mejillas y posó su mirada en mis ojos, debió ver algo que le gustó porque a continuación su boca descendió sobre la mía. Con lentitud, atrapó mi labio inferior para a continuación pasar al superior, logrando que emitiera un pequeño jadeo de anhelo que le permitió profundizar aún más en el beso, hasta que nuestras lenguas se encontraron.

No sé cómo acabé en su cama, desnuda y deseosa de que «Ñam-Ñam»

saciará todas mis fantasías. Un mes había dado para mucho y como comprenderéis, mi cuerpo estaba muy necesitado y por lo que él me confesó, también quería realizar todo lo que había pensado durante ese tiempo.

Fue una noche espectacular, fantástica, *fantabulosa*...

¿Os acordáis de aquel sueño que tuve? Sí, hombre... Aquel en el que «Ñam-Ñam» apareció delante de mi puerta...

Pues mucho mejor, mucho mejor...

Capítulo 9

A la mañana siguiente, me desperté sola en la cama. «Ñam-Ñam» no estaba por ningún sitio y en vez de revivir cada segundo de la pasión, caricias, besos y risas de la noche que había pasado entre sus brazos...

Me entró un ataque de pánico.

Sin apenas pararme a pensar, recogí toda mi ropa que había terminado desperdigada por la habitación y me la puse. Respiré con profundidad tres veces seguidas —no tenía tiempo de hacerlo hasta diez— y decidí que lo mejor era marcharme a mi apartamento.

En mi huida no pude evitar detenerme un par de segundos delante de uno de los espejos que colgaban de la pared y en el reflejo vi a una mujer diferente. Había brillo en mi mirada y una incipiente sonrisa, algo pícaro, se asomaba en mi boca. Hacía mucho tiempo que el espejo no me devolvía esa imagen y era gracias a mi vecino. Me entretuve en peinarme el cabello con los dedos, cuando unos ojos azules aparecieron en la superficie pulida detrás de mí.

—¿Adónde ibas?

Dejé anclada mi mirada en la suya por unos segundos hasta que la timidez me invadió.

—A mi casa.

Roberto se aproximó a mi espalda y me abrazó la cintura. Apoyó su barbilla sobre mi hombro y besó mi cuello, logrando hacerme temblar.

—¿Por qué?

—Creí que...

«Ñam-Ñam» me dio un nuevo beso, esta vez más cerca de la oreja, interrumpiendo lo que fuera a decir.

—He bajado a por el desayuno al LOLA —me explicó.

—¿Tienes café?

Asintió ante mi pregunta.

—Y poleo, manzanilla, té rojo, té verde... Todo lo que quieras. —Me guiñó un ojo según terminó de enumerar las diferentes infusiones que poseía, arrancándome una carcajada.

Me volví hacia él, dejando sus brazos alrededor de mí.

—Café. Solo café.

Roberto me mostró esa sonrisa de impacto que me había conquistado en nuestro primer encuentro.

—Pues café —concluyó dándome un beso en los labios que me hizo suspirar.

Como suponéis tardamos en desayunar. Ese beso pasó a ser más de uno, donde las manos terminaron buscando la piel que se ocultaba debajo de las prendas que nos habíamos puesto por la mañana, hasta que volvimos a la cama.

Me costó salir de ella. De la cama...

Más bien me costó alejarme de los brazos de «Ñam-Ñam» pero no sé por qué razón, si por la divina providencia o porque de vez en cuando mis neuronas funcionan o...

Lo sé, estoy divagando pero es que no sé cómo explicaros que mi *querida* amiga Belén, se presentó delante de la puerta de mi vecino y fue ella la que me devolvió al mundo real.

El timbre del apartamento resonó y aunque en un principio Roberto no quiso atender a quien molestaba nuestro momento, la insistencia de la llamada le hizo levantarse.

Pasaron unos segundos, en los que aproveché para estirarme cuál galgo encima de la cama, cuando mi amiga apareció en la habitación, dándome un susto de muerte.

—¿Belén?!

Ella se apoyó en el marco de la puerta, cruzada de brazos y me guiñó un ojo.

—La misma.

Atrapé una de las sábanas blancas e intenté esconder mi desnudez.

—¿Qué haces aquí?

—Habíamos quedado —indicó.

—¿Seguro? —Asintió con la cabeza—. ¿Para?

Belén miró al techo y suspiró.

—¿No te acuerdas? —Negué con la cabeza—. Claro que... —señaló con las manos el escenario en el que me había encontrado— yo tampoco me acordaría si estuviera en tu situación.

Ambas nos observamos en completo silencio por unos segundos, cuando comenzamos a reír al mismo tiempo.

Belén terminó tumbada en la cama a mi lado, mientras las dos llorábamos de felicidad.

De pronto, unos suaves golpes en la puerta llamaron nuestra atención acallándonos.

—¿Necesitáis algo? —Roberto apareció detrás de la superficie de madera y nos regaló una sonrisa.

Belén y yo nos miramos, y respondimos a la vez:

—Café.

Nos guiñó un ojo y desapareció.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme? —pregunté.

Mi amiga se sentó sobre el colchón y pasó una de sus manos por el cabello morado.

—Karmele.

No pude evitar volver a reír al escuchar el nombre de mi vecina.

—¿Le has preguntado a ella? —Asintió—. ¿Tan temprano? —Ya podía imaginar la cara de Karmele al ser molestada por tercera vez a horas intempestivas.

—Lia, son las doce.

Ante esta aclaración, busqué con la mirada algún reloj que hubiera en la habitación que me confirmara la hora.

—¿Tan tarde? —Es verdad que el tiempo vuela cuando lo estás pasando bien... Muy bien.

—Sí, es tarde —me indicó perdiendo en su tono de voz el humor que le había acompañado hasta ahora.

—¿Tarde para qué?

Se levantó de la cama. Se estiró el vestido negro que llevaba y me miró.

—¿De verdad que no te acuerdas? —Negué—. Chloe.

—¿Chloe? —pregunté extrañada.

—Chloe. Tu amiga. Nuestra amiga...

El grito que emití podría haber hecho huir a cualquier fantasma de los alrededores cuando recordé a qué se refería.

—Dios. Chloe. —Salté de la cama. Recogí la ropa, que volvía a estar desperdigada por toda la habitación, y me la puse—. Dile a Roberto o que nos pone el café para llevar o no lo queremos.

—¿Roberto?

—«Ñam-Ñam» —le expliqué mientras intentaba abrochar el sujetador.

—¿«Ñam-Ñam»? ¿Quién es «Ñam-Ñam»?

EL mencionado acababa de reaparecer por la puerta de la habitación portando en cada mano dos vasos-termo, donde debía ir el café que le habíamos pedido.

Mi amiga posó sus ojos sobre mí, para después dejarlos caer sobre los de mi vecino. Atrapó uno de los vasos y salió de la habitación.

—Lia, no tardes —se despidió alejándose.

Me acababa de dejar sola ante el peligro.

Roberto siguió por unos segundos el caminar de mi amiga, para devolver su atención sobre mí.

—¿Quién es «Ñam-Ñam»? —insistió mientras yo seguía pegándome con los corchetes del sujetador.

—Esto... Mira yo...

Se acercó hasta mí.

—Déjame —se ofreció a abrocharme el sostén—. Si sigues así, terminarás rompiéndolo.

Suspiré y me di la vuelta, dejándole la espalda libre. Sus manos se posaron con suavidad sobre mis hombros y sus dedos recorrieron una senda invisible hasta atrapar los dos lados de la prenda. El sonido del cierre llegó hasta mis oídos, evidenciando que tenía bastante práctica en esa tarea, y fue la señal que necesitaba para intentar huir pero no pude. Sin agarrarme, solo posando sus manos en mis caderas, donde descansaban ya los *leggings* que me había puesto, me atrajo hacia él. Se acercó hasta mi oreja y me susurró, mientras me la mordía:

—¿Quién es «Ñam-Ñam»?

Yo jadeé. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo y mis rodillas se convirtieron en gelatina.

—Tú —confesé a media voz.

Roberto me giró y me miró a los ojos.

—¿Me llamas «Ñam-Ñam»? —Asentí avergonzada, al mismo tiempo que él se reía.

Le di un puñetazo que debió hacerle solo cosquillas porque en vez de acallarle, logró que se riera a mandíbula abierta.

—Venga ya. Para —dije mientras me ponía la camiseta.

Roberto me miró ante mi ruego e intentó silenciar su risa con no mucho éxito.

Esperé un rato pero en vista que iba a continuar con la chanza, decidí que debía irme.

En cuanto di dos pasos, me detuvo.

—Perdona —se disculpó atrapando mis manos.

Me encogí de hombros. Si lo miramos en retrospectiva, no tenía ninguna razón para enfadarme. Le había puesto un apodo algo absurdo —absurdo por el término, ya que podría bien haber utilizado: cañón, bombón, tío bueno...— pero fue el que me vino a la cabeza cuando tuvimos nuestro famoso choque.

Estaba en todo su derecho de tomárselo como quisiera y la risa... Bien mirado era una buena opción.

—No pasa nada. Es que...

—Yo también tengo uno para ti —me interrumpió dejándome con la boca abierta.

—¿Un qué?

—Un apodo.

Me alejé un poco de él y me señalé a mí misma.

—¿De mí? —Roberto sonrió ante mi gesto—. ¿Cuál?

Me moría por saber cómo me llamaba.

—¿Te vas? —preguntó cambiando de tema intencionalmente.

—Sí pero dímelo.

—¿Adónde vas?

Agité la mano, quitándole importancia a mi cita. Aquí lo importante era el apodo. MI APODO.

—Tenemos una especie de quedada de chicas —expliqué.

—¿Vendrás muy tarde?

Negué con la cabeza.

—No tiene por qué. Hay que elegir el nombre de la niña de Chloe y no creo que se prorrogue mucho. No solemos aguantar mucho bebiendo.

Roberto dio dos pasos hacia atrás y me miró extrañado.

—¿Beber? ¿Qué tiene que ver lo de beber con elegir el nombre de un bebé?

Tiré de las manos de mi vecino y le di un beso.

—¿Me vas a decir el apodo?

Roberto negó.

—Esta noche. Cuando vuelvas. Sube aquí y te lo contaré.

—De acuerdo. —Le di un beso—. Esta noche te explico qué relación tiene

la bebida y un nombre.

Roberto se rio.

—*Touché*, Lia.

Le dije adiós con la mano y cerré la puerta del apartamento.

Capítulo 10

No podéis negarme que en ocasiones la vida es como una ruleta rusa. No, no penséis que había quedado con Belén para jugarnos la vida ante una pistola y una bala, al estilo de las películas de acción, pero si vemos el resultado de lo que aconteció en esa quedada de chicas, yo no sé si en el futuro alguna podríamos perder la vida. Os cuento:

Belén y yo habíamos quedado con dos amigas más esa misma tarde, Chloe y Mariché, para decidir el nombre de la hija de la primera... No es que estemos locas —quizás un poco—, es que desde que Chloe descubrió que se había quedado embarazada del único chico con el que se había acostado en su vida —un amor de juventud que terminó huyendo por patas cuando se enteró de que iba a ser padre—, había pasado los nueve meses estudiando, analizando todos los nombres posibles que podía darle a su hija, pero ninguno le convencía. Las tres, Mariché, Belén y yo, viendo que esto se iba a eternizar, habíamos optado por ofrecerle nuestras preferencias e intentamos que se decantara por alguno de ellos, pero al final, por no hacernos ningún feo a nosotras, la pusimos en un mayor aprieto.

Un día, encontrándose Chloe en la semana 38, a punto de dar a luz, tuvo una idea: cuando la niña naciera, nos reuniríamos las cuatro para decidir el nombre. Nos lo jugaríamos a chupitos; quién más chupitos de tequila bebiera elegiría el nombre de su hija.

Y ahí nos encontrábamos. En una situación de emergencia porque el bebé llevaba una semana y media entre nosotros, y todavía Chloe no la había inscrito en el Registro —por una simple cuestión: la inexistencia de un nombre—.

Ella era, de las cuatro, la que hacía de jurado, ya que con la lactancia era recomendable que no entrara en su cuerpo ni una gota de alcohol, mientras nosotras luchábamos por ganar esa competición.

La mesa del bar en el que nos habíamos citado estaba cubierta de pequeños vasos vacíos, que habíamos prohibido al camarero que recogiera por si alguna hiciera trampas y hubiera que recontar. Yo ya había perdido la cuenta de cuánto tequila había ingerido y Mariché hacía tiempo que se había retirado con la excusa de que debía conducir.

Solo quedábamos Belén y yo.

Una lucha a muerte.

—Vamos, Lia. ¡Tú puedes! —Los ánimos me llegaron por parte de Chloe que veía cómo nuestra amiga de pelo morado aguantaba mejor el alcohol que yo.

La miré, levanté un vaso, brindé al aire y me lo llevé a la boca de un trago.

Comencé a toser como una loca. No había pensado ni en el limón, ni en la sal, y a mi cuerpo le sorprendió el alcohol en su estado puro.

Belén me guiñó un ojo, cogió el vaso que tenía más cerca, y se lo llevó a los labios sin inmutarse.

—Lia... —susurró Chloe, atrayendo mi atención—. No puedo llamar a la niña Pícara.

Creo que mi amiga, después del embarazo y al tener el bebé entre sus brazos se había dado cuenta de la barbaridad que su propuesta podía ocasionar.

Al principio a todas nos había gustado la idea de Belén, que la hija de Chloe se llamara como uno de los personajes de la factoría Marvel —las cuatro somos muy *fans*, pero que muy *fans* de X-Men— pero ahora, analizándolo en retrospectiva, éramos conscientes de las bromas que podría sufrir la niña por sus compañeros. Bueno, todas no nos habíamos percatado de ello, porque Belén seguía insistiendo en el mismo tema y se había propuesto que su ahijada llevara con orgullo el nombre de una de sus heroínas de ficción. Tan obsesionada estaba con la idea que para no beber nunca estaba aguantando muy bien el alcohol.

No podía mirar a los ojos de esa madre sufridora, donde la súplica inundaba sus iris negros, sin intentarlo una vez más.

Me estiré lo más larga que era sobre la silla de madera. Respiré un par de veces y señalé a Belén.

—No podrás conmigo —le amenacé, a pesar de sentir que mi estómago estaba a punto de explotar y que el hígado le iba a la zaga.

Mi amiga se carcajeó, tomó uno de los vasos y se lo llevó a la boca. No llegó a beberlo. Al no medir las ganas que tenía por vencer en esa lucha,

acabó en el suelo de espaldas. Mariché se levantó corriendo a socorrerla, mientras Chloe me animaba para que bebiera el chupito de tequila de la victoria.

—Helena. La niña se llamará Helena —confirmé con un golpe seco del vaso sobre la mesa.

Belén, que se había sentado de nuevo, se alborotó el flequillo y suspiró.

—La vais a llamar como la mujer que ocasionó una guerra.

Chloe se rio, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Mejor una mujer que provocó la guerra de Troya que llamarla como una heroína de cómic —indicó—. Belén, piensa en su adolescencia.

La mencionada asintió y nos sonrió.

—Helena no está tan mal.

Las cuatro comenzamos a carcajearnos al unísono, mientras decidíamos que lo mejor para bajar el alcohol de nuestro cuerpo era pedir algo para comer.

Capítulo 11

La tarde fue memorable. Unas horas de charla, risas y recuerdos con las amigas en las que, no os voy a negar, eché mucho de menos a mi vecinito y más cuando tocó irnos a casa.

Con la excusa de que Mariché, nuestra conductora, había bebido cuatro chupitos de tequila, antes de ponernos moradas de exquisitas tapas, el tiempo se fue alargando. A las tres de la mañana, cuando a Chloe le sonó su alarma de lactancia —en una hora tenía que estar en casa para dar de comer a Helena porque los suministros que había dejado a los abuelos ya se habrían agotado—, decidimos que ya quedaríamos otro día para vernos, prometiéndoles que les contaría más de Roberto y que les llevaría mi *Proyecto n°1* para que lo leyeran.

Las cuatro nos dirigimos al lugar en el que Mariché había aparcado su nuevo coche, uno de esos vehículos que arrancaban al pulsar un botón y que ella no paraba de alardear por lo cómodo, utilitario y *potito* que era —no os especifico mucho más porque mis nociones de motor son casi nulas, por no decir inexistentes—. Cuando estábamos llegando, entre risas y una continua conversación que no había decaído en ningún momento, las cuatro nos llamamos de golpe ante lo que vimos.

—Mariché, te has dejado las luces de emergencia encendidas —señaló Belén entre risas.

—Pues no sé por qué...

—Las prisas, las distracciones o la charla han debido influir —comenté quitando hierro al asunto, ya que ninguna nos habíamos percatado del hecho cuando estacionó el vehículo.

—Si es que no nos pueden dejar solas. Nos entretenemos con cualquier cosa. —Se rio Chloe, burlándose de las cuatro.

Mariché abrió el coche y nos sonrió.

—Anda, subid.

La mami esperó a que Belén y yo nos sentáramos detrás y así no nos molestaría cuando llegáramos a su casa, al ser la primera que se bajaba.

Mariché dio al botón de arranque una, dos, hasta cinco veces seguidas pero el coche no funcionaba.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó llevando las manos al cielo, como si pidiera consejo a un ser superior.

Chloe miró su reloj y clavó los ojos en nosotras.

—Si llamamos a una grúa puede que llegue muy tarde.

—Puede... —confirmó Belén.

—Y si... —Las tres me miraron a la vez, como si tuviera la solución a todos nuestros males—. Y si volvemos al bar donde hemos estado, por si alguien puede ayudarnos.

Asintieron a la vez.

—Es la mejor idea que acabo de escuchar —dijo Mariché.

Sin prisas pero sin pausa, retrocedimos sobre nuestros pasos y entramos en el bar donde habíamos decidido el nombre de la hija de Chloe. Sin dilación, preguntamos a los camareros si podrían ayudarnos, y un hombre mayor, viéndonos muy apuradas, se acercó hasta nosotras.

—¿Qué os pasa, niñas? —preguntó en tono paternalista.

Mariché comenzó a explicarle lo que nos sucedía. Lo de las luces de emergencia y que el coche, su querido coche, no funcionaba.

—Podríamos intentar cuesta abajo pero... ¿Cómo dices que arranca el tuyo? —interrogó algo extrañado. Se notaba que las nuevas tecnologías no eran su fuerte.

—Con un botón —Mariché le explicó, imitando el gesto que hace cuando pone en funcionamiento el vehículo.

El hombre se atusó el blanco cabello.

—Creo que de esa manera no arrancan ya los coches cuesta abajo —comentó—. Si fuera con las llaves pero... —Nos miró a todas, para devolver la atención hacia nuestra amiga—. ¿Cómo has dejado puestas las luces de emergencia? ¿Has aparcado mal el coche?

Mariché se llevó la mano a la boca, nos observó, y luego miró de nuevo al señor.

—Sí, he aparcado mal porque si le digo que se me han olvidado, va a tomarme por tonta, por lo que lo mejor es decir que el coche estaba mal estacionado —le contestó dejándonos sorprendidas ante la respuesta.

Fue en ese momento cuando se nos acercó un camarero y nos dijo:

—Aquellos chicos de allí —señaló una mesa de la esquina del salón—, se van a acercar a por el coche de uno de ellos, que lleva pinzas para la batería del motor, y así ayudaros.

Nosotras asentimos con cara de bobas. El chico que se había ofrecido a echarnos una mano, estaba cañón. Alto, moreno y con un cuerpo de quitar el hipo. Nos guiñó un ojo y desapareció por la puerta para buscar su vehículo.

—Debéis haberle caído muy bien —indicó el camarero— porque este no mueve el culo por nadie.

Las cuatro nos miramos y sonreímos, e incluso a Belén se la escapó un silbido que traducido a nuestro lenguaje quería decir que el chico estaba que ardía.

Pasados pocos segundos, el claxon de un coche nos llamó la atención. Salimos deprisa hacia el coche de Mariché, donde el BOMBÓN —creo que tengo un serio problema con poner motes—, nos esperaba junto a otros dos chicos.

BOMBÓN encendió las luces de su vehículo.

—Abre el capó —le dijo a Mariché que sin dudarlo lo hizo.

Sus amigos engancharon las pinzas a la batería de nuestro coche y cuando fueron a hacer lo mismo sobre el del BOMBÓN, se quedaron parados.

—¿Sucede algo? —preguntó Chloe.

Uno de ellos, algo más bajo que BOMBÓN pero que tampoco estaba nada mal —algo debía contener el agua de la zona para que esos especímenes abundaran— se encogió de hombros.

—El coche de este es tan nuevo que viene todo muy tapadito y... —dudó si continuar o no con su explicación— ninguno sabemos dónde se enganchan las pinzas.

Las cuatro, como mujeres de mundo que éramos, nos asomamos por debajo

del capó y asentimos ante sus palabras.

—Venga tú, vete a por el C15 de toda la vida —ordenó BOMBÓN a su amigo que desapareció con rapidez.

Belén me miró anonadada. Yo negué con la cabeza y encogí uno de mis hombros.

—Hablan otro idioma —susurré haciéndola reír hasta que un estruendo nos llegó en la lejanía.

Una furgoneta, algo antigua, apareció torciendo la curva.

El amigo de BOMBÓN estacionó su vehículo cerca del de Mariché y en menos de un minuto lo hicieron arrancar.

Fuimos la viva personificación de la gratitud. Ni Santa Teresa de Jesús nos habría hecho sombra de tantas reverencias que les hicimos.

—Ahora todo directo hasta Madrid. Sin parar —nos ordenó BOMBÓN, logrando que al final, las cuatro, cuando ya estábamos cerca de la casa de Chloe y después de haber analizado todo lo que nos había sucedido, determinamos que a este chico lo del orden y mando le gustaba mucho.

Belén tembló con demasiada exageración haciéndonos reír.

—Tiene pinta de ser un Grey en potencia.

Capítulo 12

Eran las cuatro de la mañana cuando llegué a mi casa y como comprenderéis, a pesar de que «Ñam-Ñam» había insistido en que cuando regresara de estar con mis amigas, subiera a su apartamento, no eran horas de hacerle una visita.

Abrí la puerta de mi casa y un pósito rosa, que había en el suelo, me llamó la atención.

Lia, sube a casa

Sea la hora que sea

Estoy escribiendo y te estoy esperando

XXOO

Ñam-Ñam

Se me cayó la baba. Literalmente. No os engaño.

Tiré mi bolso sobre el sofá y me puse ropa más cómoda —sobre todo quería deshacerme de las botas de tacón que me estaban matando los pies—. Subí de dos en dos los escalones que me separaban del hombre que había rondado por mi cabeza toda la noche y llamé al timbre de su casa. Cuando las dudas comenzaron a invadirme, por si al final Roberto había preferido acostarse a esperarme, las notas de jazz llegaron hasta mis oídos. Fue en ese instante cuando la puerta se abrió y mi vecino apareció detrás de ella.

—Eres la mujer que esperaba.

Ese saludo me llegó al corazón y sin poder evitarlo me lancé a sus brazos. Nuestras bocas chocaron y nuestras lenguas se entrecruzaron. Dejé mis brazos alrededor de su cuello y mis piernas, imitando a sus hermanas superiores, se enrollaron en la cadera de Roberto. Este trastabilló un poco hacia atrás del impulso, pero logró mantener el equilibrio y cerrar la puerta tras nosotros de una patada.

Enloquecidos y casi ciegos, por la semi-penumbra que reinaba en el apartamento, entre beso y beso, fuimos chochando con todos los muebles que nos encontrábamos a nuestro paso hasta que terminamos en su habitación.

Roberto me tiró sobre el colchón, encendió las luces del cuarto y me observó.

—¿Has tardado?

—Tuvimos un pequeño problema con el coche.

Se quitó la camiseta y dejó expuestos sus marcados abdominales.

—¿Lo pudisteis resolver sin problemas?

—Ajá. —Mi garganta se había quedado seca y mi cabeza sin raciocinio ante el espectáculo.

Se quitó el pantalón de chándal y a continuación los bóxers, mostrando lo mucho que me había extrañado.

—¿Prefieres que hablemos antes o...? —Dejó la pregunta en el aire a la espera de mi respuesta.

Estiré los brazos y me tumbé en la cama.

—Conversar está sobrevalorado.

Roberto se rio tumbándose encima de mí, dejando que los brazos soportaran la mayor parte de su peso, y me robó un nuevo beso que yo le di con gusto.

A las seis de la mañana, una necesidad fisiológica —ya os decía yo que tanto chupitos no eran buenos— me despertó.

Estaba sola en la cama.

Me levanté, me puse una camisa de Roberto que encontré sobre una silla y me dirigí al cuarto de baño.

En cuanto abrí la puerta vi al hombre que había conseguido que suplicara más de una vez por sus caricias. Me daba la espalda y tenía la vista fija en la pantalla de un portátil, mientras sus dedos tecleaban enloquecidos. Sin nada de ropa que le cubriera la parte de arriba de su cuerpo, era una obra de arte esculpida solo para mí.

Sin delatar mi presencia, me adentré en el aseo para hacer eso que me había despertado —entre nosotros: pis—, me arreglé un poco el cabello y me quité las posibles legañas que habían aparecido por arte de magia —absurda nota mental: investigar por qué y cómo surgen las legañas. No me voy a quedar

con la duda—.

En cuanto acabé, salí al encuentro de mi amante quien, como suponía, ni se había percatado de que me había despertado.

Me acerqué con sigilo hasta él y dejé que mis dedos le acariciaran la ancha espalda.

Roberto, en cuanto sintió el contacto, dejó lo que estaba haciendo en el ordenador y se giró en la silla para atrapar mi cintura.

—¿Por qué te has despertado? —Me dio un beso en la barriga sobre la camisa y me miró—. Es muy temprano.

—Necesitaba ir al... —Le señalé con la cabeza la puerta que estaba detrás de nosotros.

Me guiñó un ojo y tiró de mí para depositar un beso sobre mis labios.

—Me alegro —dijo—. Así puedo besarte de nuevo. —Y volvió a hacerlo.

Compartimos de nuevo más de una caricia, hasta que me cogió en brazos y me llevó al sofá donde me tumbó junto a él. Apoyé la cabeza en su hombro y dejé que sus dedos se enredaran en mi corto cabello.

Fue un gran momento.

No creáis que el «AquíTePilloAquíTeMato» no fue memorable, pero este era otro *Momento*.

La tranquilidad nos rodeó y el silencio, en vez de pesar, nos acompañó como una premiada banda sonora de película que nos llevó a conocernos mejor. Siempre había escuchado que sin hablar puedes llegar a conocer mucho a una persona y esa fue una de esas veces.

—Lia...

—Umm...

—¿Crees que es una locura? —me preguntó.

—¿El qué?

—Esto.

Me giré, apoyando la barbilla sobre su pecho, y enfrenté su mirada azul.

—Yo estoy un poco loca —señalé—. Y por lo que he podido deducir de ti... de nosotros, puede que sí estemos un poco locos.

Me dio un suave beso.

—No me quito de la cabeza tu cara, tu mirada, tus labios... —enumeró una a una las partes de mi cuerpo, según dejaba caer sus ojos sobre ellas.

Las sensaciones que me transmitía su voz, sus dedos, acariciándome la piel, y la fuerza de su mirada, consiguieron que mi cuerpo temblara.

—Yo tampoco —confesé con cierto temor ya que tampoco comprendía cómo en apenas un mes, y estando juntos pocos días, sintiera más por él que por mi antiguo prometido.

Dejamos que nuestras miradas hablaran de sentimientos, sin que ninguno de los dos pronunciara palabra alguna, y de pronto me sorprendió reclamándome algo que teníamos pendiente:

—¿Me vas a contar la relación que tiene la bebida y un nombre?

Me reí tras su pregunta.

—Mira que eres insistente.

Me dio un beso y me guiñó un ojo.

—La curiosidad del escritor —aclaró—. Además, ¿no quieres descubrir tú algo?

En ese momento se me encendió la bombilla —qué queréis que os diga, entre los chupitos y la bienvenida de Roberto, se me había olvidado lo que debía contarme—.

—¡Mi apodo!

Asintió.

—Creo que no tienes mucho interés en conocerlo si...

—Sí, sí, sí... —interrumpí—. *Yo querer saber, porfaaa...*

Roberto comenzó a reírse cuando observó mi cara de lástima y de niña que no ha roto un plato en su vida, todo en uno. Nadie podía resistirse a ella.

—Está bien. —Levantó una de las manos en son de paz—. Pero tú primera.

Hice un mohín con los labios que hizo desaparecer con un efusivo beso y que casualidades de la vida, consiguió convencerme para que le explicara lo de Choe, la competición de chupitos y que yo había ganado: la niña de mi amiga se llamaría Helena.

Roberto estalló en carcajadas ante mi narración y podría jurar que alguna lagrimita se le escapó de los ojos.

Me senté en uno de los extremos del sofá, alejándome de él, y me crucé de brazos.

—No entiendo por qué te ríes —le acusé—. Elegir el nombre de un ser que acaba de llegar a este mundo, es una cosa muy seria.

Mi vecino observó la expresión de circunspección que se marcaba en mi rostro y dejó de reírse. Se arrodilló enfrente de mí y atrapó mis manos.

—Lia, lo siento. —Aunque intentó otorgar a su tono de voz algo de seriedad, no pudo evitar que una sutil sonrisa luchara por salir al exterior—. Lo del nombre es algo muy serio pero la manera que habéis tenido de hacerlo es ante todo... —me miró a los ojos, sopesando cómo describir nuestros actos— peculiar.

El silencio nos envolvió, mientras Roberto esperaba mi reacción ante sus palabras. Esperé unos minutos y cuando por fin sentí que el silencio le estaba ahogando, comencé a reírme.

—Lo sé —confirmé—. ¿Te imaginas si Belén hubiera ganado?

Roberto al principio no supo reaccionar pero tras unos segundos me acompañó divertido.

—Pícaro no es tan mal nombre —anunció—. Aunque hay mejores dentro de la Patrulla X.

Casi me atraganto al descubrir que «Ñam-Ñam» también era seguidor de Marvel.

—¿Como cuál? —interrogué poniéndole a prueba.

Mi vecino cambió la expresión de su rostro y me observó, acallando la diversión que nos había rodeado hasta hacía unos instantes. El color de sus ojos se intensificó y os puedo jurar que observé una pequeña neblina que rodeaba sus iris, provocando que mi cuerpo temblara de expectación.

—Mística —espetó con voz grave. Me acarició la mejilla y apartó uno de mis mechones rubios, para pasar seguidamente a delinear los labios—. Mística —susurró de nuevo, robándome el aliento con su mirada.

—Roberto, yo...

No sé bien lo que iba a decir pero hablar de Mística, la Patrulla X y todo lo relacionado con el mundo Marvel, junto a las sensaciones que comenzaban a nacer entre los dos consiguió que comenzara a reír como una loca. Me levanté del sillón y me agarré la barriga para intentar paliar el dolor que empezaba a sentir por la risa.

«Ñam-Ñam» me observó primero anonadado ante mi reacción pero sin dudarlo, se rio conmigo inmediatamente.

Pasados unos segundos, cuando pude controlar un poco la hilaridad, miré a mi vecino e intenté ponerme seria —os prometo que casi lo consigo—.

—No me digas, que me llamabas Mística.

Era la única conclusión que había sacado de todo esto.

Roberto enredó sus dedos por el corto cabello y soltó el aire que retenía.

—¿Te parece ridículo? —preguntó meditabundo.

Vale, ahora sí que lo había estropeado del todo.

Inmediatamente, me agaché delante de él y atrapé sus manos, intentando que me mirara.

—Ridículo es que yo te llame «Ñam-Ñam».

Este elevó una de sus cejas y me regaló una traviesa sonrisa.

—Podemos decir que estamos en paz, ¿no? —preguntó riéndose al mismo tiempo.

El muy capullo, acababa de tomarme el pelo, con todas las letras, mientras yo creía que le había ofendido. Me había mentado y yo... Yo... Aghh...

Grité, agarré uno de los cojines que había por el suelo, y se lo lancé a la cara, provocando que su risa se volviera más histriónica.

Sin parar a pensarlo mucho, me tiré sobre él y comencé a hacerle cosquillas.

Era una lucha muy dispar, donde tenía todas las que perder pero hasta que uno de los dos no levantara la bandera blanca, esto no se iba a acabar.

Acabamos en el suelo, no sin antes emitir algún quejido cuando uno de los dos —no recuerdo bien quién— se golpeó con la pequeña mesa cercana al sofá.

Roberto se irguió levemente y con un fuerte empujón la movió, permitiéndonos seguir con la lucha de cosquillas que al final, con el paso de los minutos, fueron sustituidas por los besos y caricias que nos regalábamos mutuamente.

El pantalón de Roberto acabó sobre el ordenador y la camisa que le había cogido prestada encima de la mesa.

Sus manos se asentaron sobre mi trasero, elevándome brevemente hasta que su miembro acabó dentro de mí, arrancándome un grito de satisfacción.

Le miré.

Él me miró.

Le sonreí y él también me sonrió, al mismo tiempo que me guiñaba un ojo.

—¿Paz? —Yo asentí muda. Movié su dedo índice, buscando que acercara mi rostro hasta el suyo y me susurró—: ¿Seguro? —insistió moviendo su cadera, provocando que jadeara.

—Sí —murmuré.

Roberto ante mi respuesta volvió a elevar mi cadera, logrando que le sintiera todavía más dentro. Atrapó mi rostro, me lamió los labios y susurró:

—Es más apetecible la guerra entre tus brazos, que años de paz sin sentirte —sentenció con un beso.

Capítulo 13

Al día siguiente abrí primero el ojo derecho. Lo cerré. Abrí el izquierdo. Lo cerré. Conté hasta tres y abrí de golpe los dos. Miré a mi alrededor y comprobé con cierto alivio que seguía en la habitación de «Ñam-Ñam».

No había sido un sueño.

Estaba sola, tendida sobre las sábanas blancas que nos habían arropado durante la noche, pero estaba en su habitación.

Había vivido el mejor fin de semana de mi vida y no era un sueño —que conste que insisto sobre la misma idea porque todavía no me lo creo—. Cogí la almohada, me tapé la cara con ella, y proferí el mayor grito de entusiasmo que jamás podríais imaginar, acompañado de un pataleo de alegría por supuesto.

Volví a contar hasta diez —está claro que ya sabéis que lo de contar se me da bastante bien— y me convencí de que debía comportarme como la adulta y serena mujer que soy —no os riáis que os veo venir—.

De pronto, caí en algo: estaba sola en la cama. El sol entraba con fuerza por la ventana por lo que debía pasar del mediodía y no se escuchaba ningún ruido en la casa.

Me levanté de la cama. Cogí una de las camisas de Roberto y me dirigí al salón, encontrándole vacío.

—¡Roberto! —le llamé pero no recibí respuesta alguna. Estaba sola en su apartamento.

Paseé la vista por lo que me rodeaba y un pósit rosa pegado a la pantalla del ordenador llamó mi atención. Lo cogí e identifiqué sin problemas la letra de mi amante.

Hola mi preciosa Mística!!!!

Dormías tan plácidamente que no he querido despertarte.

Tenía una cita que no podía cancelar y por eso no estoy a tu lado esta mañana pero, estás en tu casa. Vuelvo en un par de horas.

Ya te extraño.

Sin darme cuenta, besé el papel y comencé a girar sobre la habitación. Era feliz, muy feliz. «Ñam-Ñam» con sus detalles, con sus palabras —¡cómo se notaba que era escritor!—, con su mirada, con...

Me había enamorado...

...

...

Esto...

...

...

Me paré de pronto. Me senté en la silla que había enfrente del ordenador y apoyé mi cabeza sobre las manos.

Me había enamorado...

Un sinfín de pensamientos comenzaron a rondar por mi cabeza, al ser consciente de la realidad. No era un simple encaprichamiento. No. En menos de un mes, me había enamorado de mi vecino. Yo que siempre criticaba las novelas románticas donde el amor a primera vista abundaba entre sus páginas. No me las creía hasta...

Hasta hoy.

Las manos empezaron a temblar y no sé muy bien la razón pero comencé a llorar.

No me encontraba muy bien.

Debía marcharme.

Me vestí deprisa, bajé a mi casa y llamé a Belén.

Necesitaba hablar.

Habían pasado un par de horas desde que había huido del apartamento de Roberto —por fin había asumido que era una huida en toda regla— y me encontraba junto a Belén en la terraza de un bar, cerca de la Plaza de Santo Domingo, delante de una buena ración de bravas y un par de refrescos.

Seguía dándole vueltas a la cabeza a lo de estar ENAMORADA de «Ñam-Ñam», mientras mi amiga me contaba no sé qué sobre que habían extraviado un muerto durante dos horas, período de tiempo en el que desconocían dónde había estado el cuerpo, hasta que un compañero lo localizó en el Anatómico Forense.

Belén trabajaba de maquilladora en una funeraria y siempre tenía alguna anécdota que contar con la que terminábamos riéndonos, pero hoy no era ese día. No tenía humor.

Un grupo de unas veinte personas pasó por delante de nosotras, guiados por una chica jovencita con gafas, que portaba un cartel donde rezaba algo insólito debajo del nombre de la agencia de viajes: Tour de Presentaciones literarias/musicales y pases de prensa para *premieres* de cine.

—¿Has visto eso? —interrogué a Belén al mismo tiempo que señalaba al grupo.

Mi amiga asintió.

—Sí, es la última moda. —Levanté una ceja incrédula—. Las agencias han visto el filón de las «fans», o como quieras llamarlo, y organizan rutas para asistir a las presentaciones del autor de turno o para acudir al último estreno.

—¿En serio?

—Ajá.

—¿Y hay gente que paga por eso?

Belén señaló a los «turistas» que estaban ya próximos a la plaza de Callao.

—Ya lo has visto.

Elevé los ojos al cielo, me despeiné el flequillo y tomé un trago de la naranja que me habían servido.

—Entonces... ¿Qué piensas? —retomé el tema que me preocupaba.

Suspiró.

—Ya lo hemos hablado antes y estabas de acuerdo.

—Sí pero...

—Pero nada, Lia —me cortó—. Tu vecino ha conseguido que vuelvas a sonreír, que te olvides del indeseable de Pepe y que vuelvas a disfrutar de la vida.

—Pero es que Belén, le conozco desde hace un mes... —dudé—. He estado con él un fin de semana y...

—Te has enamorado de Roberto —anunció lo evidente.

—Me he enamorado de Roberto —claudiqué resignada.

—Lia, qué más da si ha sido en dos, tres o cinco días. Qué más da si dura un mes, un año o toda la vida.

—Es que...

Atrapó mi mano y atrajo mi atención.

—Nada de eso importa si eres feliz. Si «Ñam-Ñam» consigue hacerte feliz. —Sonreí al escuchar el apodo de mi vecino—. La vida se compone de instantes mágicos que no hay que analizar pero sí disfrutar.

—Tengo miedo —confesé con reticencia.

Me sonrió y me guiñó un ojo.

—Si no tuvieras miedo, la felicidad y tu vida no tendrían sentido.

La miré y volví a asentir con la cabeza. Tenía mucha razón. Había desperdiciado una vida anclada en una relación de engaños y ahora, desde que conocí a Roberto, era como si hubiera despertado algo loca, pero con una sonrisa perenne en mi rostro.

—Y crees que...

—¿Si «Ñam-Ñam» también está enamorado de ti? —La miré esperanzada ante su respuesta—. Pues claro, mujer. Solo con verlo una vez... De hecho creo que solo lo he visto una vez...

—Belén... —reclamé su atención.

Mi amiga me observó y se rio.

—Lia, se desvive por ti. Esos ojos azules reflejan el amor que siente por ti y no entiendo muy bien la razón. —Le propiné un puñetazo en el hombro, arrancándole una fuerte carcajada—. Tranquila, Lia. Está loco por ti.

Capítulo 14

Tranquila, Lia. «Ñam-Ñam» está loco por ti.

«Ñam-Ñam» está loco por ti.

«Ñam-Ñam» está loco por ti.

Esta cantinela me acompañó todo el camino hasta que llegué a mi casa. No es que no creyera a Belén. Mi amiga no solía mentirme —excepto el día que me dijo que el pelo rosa me quedaba bien o que con el vestido amarillo chillón que me prestó mi hermanita pasaría desapercibida o cuando me hizo salir de casa en camisón y zapatillas, alertándome que había un incendio, y lo que quería era grabarme para subirlo a Youtube...—. La cuestión era que si Belén decía que Roberto también me quería, podía ser verdad o... ¿no?

En fin...

Dejando a un lado el come cocos que me atormentaba, llegué hasta el portal.

—Hola Lia.

¡No podía ser! Delante de mí estaba el innombrable, el «mejor un trío que una relación convencional»; el «Lia es pronto para casarnos, a pesar de llevar media vida juntos»; el «me voy con su hermana que tiene más marcha», el... Aghhhhh...

—¿Qué haces aquí Pepe?

—Quería verte.

Le miré de arriba abajo y aunque me molestó reconocerlo estaba *requetebueno*. Iba embutido en un pantalón negro y una camisa del mismo color que le quedaban muy bien y él lo sabía.

—¿Para qué? —escupí.

Pepe me mostró una sonrisa de medio lado y se acercó hasta mí. Atrapó uno de mis mechones rubios y enfrentó mi mirada.

—Te echaba de menos.

Le di un manotazo en cuanto su mano se acercó a mi rostro y me alejé de su

lado.

—No me hagas reír.

—Carolina, yo...

—¿Tú qué? —interrumpí—. Crees que porque me digas lindezas o me endulces la oreja voy a derretirme ante ti.

Avanzó un par de pasos buscando mi cercanía.

—Carolina, yo...

Elevé mis manos y sin llegar a tocarle le detuve.

—Ha pasado mucho tiempo ya, Pepe.

—Por eso mismo —indicó—. Me he dado cuenta de que te echo de menos y...

Me reí.

—¿Y Vanessa?

—¿Qué pasa con tu hermana? —preguntó.

—Pepe, sé que estás con ella.

—Me ha dejado —confesó y me atrapó las manos—. No hay nadie ahora mismo. Solo estás tú. Te amo.

Observé sus ojos negros donde no aparecía ni una pizca de arrepentimiento.

—¿Me amas? —Asintió mostrando una gran sonrisa—. ¿Y ahora te has dado cuenta?

—Estaba algo confuso... —dijo mientras me acariciaba las manos y bajaba la vista mostrando cierto arrepentimiento.

Me acerqué a él y le dije:

—Y tu amigo Andrés, ¿también está arrepentido o quiere que hagamos un trío?

Tembló de excitación ante mi sugerencia.

—Podríamos hablarlo si quieres —propuso mientras su respiración se

aceleraba.

Mis dientes rechinaron ante lo que me ofrecía.

—Pepe yo...

—¿Sí? —preguntó expectante.

—Me importas una mierda —le susurré en el oído. Me deshice de su agarre y desaparecí por el portal sin mirar atrás.

Subí las escaleras hasta el piso de mi vecino sin detenerme ni un segundo. Estaba enfadada, muy enfadada y el cabreo me había dado fuerzas para subir hasta un quinto piso sin perder el aliento.

Necesitaba ver a Roberto y lo necesitaba ya.

Llamé a su puerta. Dejé el dedo clavado en el timbre, pero nadie abrió. Refunfuñé palabras sin sentido —ni yo misma sé lo que dije, por el estado en el que me encontraba—, hasta que decidí que quizás lo mejor era regresar a mi apartamento y respirar.

Respirar.

Contar hasta diez, hasta veinte o hasta mil.

Intenté la posición de flor de loto, esa que dicen que ofrece la serenidad si practicas yoga —la clave está en «practicar» por lo que podéis imaginar que acabé más enredada que otra cosa—. Al comprobar que no obtenía ningún resultado tuve una gran idea —en ese momento lo pareció—: tiré al suelo los vasos multicolores que Pepe me había regalado cuando nos fuimos a vivir juntos y que había guardado por una extraña razón.

Las explosiones, el pensar que quizás se trataba de sus pelotas —perdón —, de su entrepierna la que estaba sufriendo los golpes, me calmó.

Me quedaba un vaso por estrellar cuando el timbre de la puerta resonó por la casa.

—Como sea el capullo de Pepe, se va a acordar de mí —rumié en voz alta —. Mira, imbécil... —dije nada más abrir la puerta callándome de golpe.

—Hola preciosa —me saludó «Ñam-Ñam».

—Ah, eres tú... —Le dejé en la puerta, sin invitarle a entrar ni esperar que me siguiera.

Escuché cómo esta se cerraba y el silencio me rodeó por unos segundos.

—¿Esa es una bienvenida? —preguntó.

Me giré sorprendida ya que por un instante creí que Roberto se había marchado, dejándome sola.

—Tengo un mal día —le aclaré esperando que fuera suficiente y que no ahondara más en la herida.

—¿Qué ha pasado? —Negué con la cabeza—. Lia...

Iba a insistir...

Me dejé caer en el suelo, con la espalda apoyada en la pared del salón, y oculté mi cabeza entre las rodillas.

—Nada importante.

Con rapidez estaba sentado enfrente de mí, con sus piernas a cada uno de mis lados y su mano acariciando mi cabello.

—Si no quieres hablar podemos compartir el silencio —indicó arrancándome una sonrisa. Este hombre, en verdad era escritor.

Levanté el rostro y le miré.

—¿Qué escribes?

Mi vecino si se sorprendió por la pregunta no lo demostró en ese momento. Comprendió al instante que necesitaba cambiar de tema.

—Novelas.

—¿De qué tipo? Es para saber si he leído algo tuyo.

Roberto pasó una de sus manos por el cabello y suspiró.

—Es complicado...

—¿Por qué?

—Porque utilizo un pseudónimo.

—¿Y? Muchos escritores usan otro nombre para separar su vida diaria de los libros o por otros motivos. Es algo muy válido.

Mi vecino se levantó del suelo y se acercó hasta la ventana del salón.

—Sí. Es algo muy lícito —corroboró.

—Roberto...

Me observó y se acercó hasta mí, alentado por la mano que le extendía invitándole a que se sentara de nuevo conmigo. Tiré de él y le robé un beso.

—¿Qué sucede? No puede ser muy grave, sea lo que sea.

—Por contrato no podría desvelarte cómo firmo mis obras.

Le levanté el mentón y le guiñé un ojo.

—Estamos solos... Tú y yo. Nadie más.

Roberto suspiró.

—Firmo con nombre de mujer porque escribo novelas románticas.

Nos quedamos callados por un breve espacio de tiempo, hasta que estallé en carcajadas ante su confesión, lo que le molestó.

Se levantó del suelo y se alejó de mí.

Cuando comprendí que mi actitud le había molestado, le seguí. Le rodeé la cintura y apoyé mi barbilla en su ancha espalda.

—Lo siento. Me ha pillado desprevenida.

Pasaron un par de segundos hasta que Roberto se giró para enfrentarme. Se sentó en el brazo del sofá y me colocó entre sus piernas.

—Esa es una de las razones por las que no suelo hablar de ello, aparte de la cláusula de confidencialidad.

—Pero no entiendo por qué utilizas pseudónimo femenino. Hay muchos autores que firman las obras con su nombre y son hombres.

Asintió ante mi comentario.

—Son pocos los hombres que firman obras románticas con su nombre y es ahora cuando han comenzado a proliferar en el mundo literario romántico pero cuando llegué... —dudó—. Cuando mandé mi primer manuscrito a las editoriales, pocas fueron las que me contestaron y las que lo hicieron me indicaban que no podían aceptar mi novela por ser un hombre, aunque estaba muy bien escrita y la historia era novedosa.

—Pero eso se puede considerar machismo pero a la inversa —espeté.

—Y lo era —confirmó—. Pero el mundo del género romántico es así o era así. Muchas lectoras no querían saber nada de un buen libro si este venía firmado por un hombre.

—Eso no es justo.

Roberto me sonrió y me besó.

—Encontré un agente literario que le gustó mucho la novela pero me ponía una condición: utilizar un pseudónimo femenino.

—¿Qué hiciste? —interrogué curiosa aunque ya sabía la respuesta.

—Cambié mi firma por la de una mujer y a partir de ese momento comenzaron a publicarme las novelas. Tengo un contrato con una gran editorial y publico de tres a cuatro novelas anuales, dependiendo de la demanda o de las ofertas que me realizan. Hemos valorado desvelar mi verdadero nombre o publicar las nuevas novelas con él, pero según mi agente y la editorial no sería lo apropiado.

—¿Y estás contento?

Roberto tardó en responder.

—Sí. Puedo decir que soy uno de los pocos autores de este país que vive de lo que le gusta, de escribir pero...

—Pero desearías firmar una novela con tu nombre verdadero —terminé la frase por él.

Él afirmó con la cabeza.

—Sé que tarde o temprano llegará ese día por lo que no pierdo la ilusión.

Tras su confesión, le acaricié la mejilla y acerqué mi rostro hasta el suyo.

—Ya sabía yo que eras un romántico empedernido. —Le besé.

Sus manos se asentaron sobre mi trasero y me acercaron hasta su entrepierna para que comprobara lo que mis palabras habían provocado. Deslicé mis manos hasta su miembro con intención de acariciarlo pero Roberto detuvo mis movimientos, poniéndole fin al beso que nos prodigábamos.

—Ya habrá momento para eso —señaló hacia abajo recibiendo un suave ronroneo por mi parte que le arrancó una carcajada—. Te prometo que la espera valdrá la pena.

—Pero es que... —Le puse ojitos pero lo único que conseguí fue un leve beso.

—Luego —insistió—. Ahora dime qué te sucedía cuando he llegado.

Levanté los brazos al cielo para dejarlos caer a continuación.

—No es nada. No te preocupes. —Me alejé de su lado y comencé a recoger los fragmentos de los vasos que había arrojado al suelo.

Le escuché detrás de mí, imitando mis movimientos.

—Nada no provoca que hagas añicos los vasos —señaló a media voz sin saber muy bien cómo actuar.

Suspiré de forma estentórea y le enfrenté:

—He tenido un encuentro inesperado y poco agradable con...

—Tu *ex* —terminó la frase por mí sorprendiéndome.

—¿Cómo lo sabes?

—Os he visto —respondió.

Desaparecí por la cocina para aparecer a continuación con la escoba. Necesitaba hacer algo y lo mejor era barrer el estropicio que había provocado mi enfado.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Se acercó hasta mí y me quitó la escoba de las manos, con poca resistencia por mi parte.

—Ya barro yo —anunció—. No te he dicho nada porque cuando he llegado estabas muy... ¿Cómo lo diría sin ofenderte?

Gruñí sonoramente.

—Vale, sí. Lo entiendo pero —me senté en el sofá mientras él barría— cómo sabes que era mi *ex*.

Detuvo sus movimientos y me miró.

—Él me lo dijo.

—¿Él qué?

Mi vecino recogió los trozos de cristal y se sentó en la pequeña mesita que había enfrente de mí.

—Cuando llegaba al portal, os vi —explicó—. Te confieso que en vez de delatar mi llegada e interrumpiros, preferí quedarme escondido entre las sombras.

Atrapé sus manos.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—No sé muy bien la razón. Os vi y me pareció que había cierta intimidad —confesó—. Y recordé que Karmele me comentó que habías tenido una relación, con el que pensabas casarte, y quizás... Pensé que...

Le agarré la cara y me acerqué hasta sus labios.

—Ya se acabó. Pepe es pasado y se lo he dicho a él. —Le besé.

—Lo sé. —Le observé mostrando dudas en mi rostro—. Cuando te alejaste de él, dejándole con la boca abierta; por cierto, ya me explicarás qué le dijiste para que se quedara así.

Me reí.

—Solo le mandé a la mierda. —Roberto se rio ante mi aclaración—. Pero dime. ¿Qué sucedió?

—Cuando tú desapareciste —continuó—, mi intención era seguirte pero al pasar al lado de tu *ex* tuve que detenerme.

—¿Qué sucedió?

Roberto se levantó y pasó sus manos por los vaqueros, para a continuación sentarse de nuevo en el mismo sitio.

—Le propiné un puñetazo en la nariz.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Cuando pasé a su lado —repitió—, escuché cómo te insultaba y no pude

evitar girarme y golpearle sin darle tiempo a reaccionar.

Atrapé sus manos y observé que los nudillos de la derecha estaban algo enrojecido. Me los llevé hasta la boca y los besé.

—¿Te dolió?

Roberto negó.

—Nada pero creo que Pepe mañana tendrá una nariz más grande de lo normal, además de que mutará de color —explicó sonriendo—. ¿Te molesta?

—No pero cuándo te dijo quién era.

Se pasó la mano por el cabello castaño.

—Después del puñetazo, acabó en el suelo. Le advertí que no sabía quién era pero que no quería verle cerca de ti porque el puñetazo que le había propinado sería una simple caricia en comparación con lo que le esperaba. Fue en ese momento en que me gritó que era tu *ex* y que por tanto tenía el derecho de hacer o decir lo que quisiera.

—Imbécil —le insulté.

—Acerqué mi pie un poco más de lo permitido a su estómago, apreté y le dije que era tu novio y que como comprendería, no lo iba a permitir. Salió corriendo.

—¿Mi novio? —pregunté esperanzada por si no había escuchado bien.

Me miró.

—¿No es verdad?

—Yo... Esto... —Me levanté del sofá alejándome de él.

—Lia...

—Espera un segundo.

Mi vecino suspiró y se acomodó en el sofá, cambiando de asiento.

—Lia, deja de pensar.

Me giré y le miré. Pasé mis manos por el cabello y expulsé el aire que retenía.

—¿Tu novia? —Le señalé y él asintió—. Pero...

Roberto movió su dedo índice invitándome a que me acercara hasta él.

—Ven aquí.

Si os soy sincera poco necesitaba para acudir a su llamada.

—Roberto yo...

Mi vecino tiró de mis manos en cuanto estuve cerca de él, provocando que me cayera sobre su cuerpo.

—Esa cabecita tuya piensa demasiado.

—Lo sé. Hoy también me lo ha dicho Belén.

Elevó una de sus cejas y me miró.

—¿Habéis hablado de mí? —Asentí—. ¿Sobre qué?

Apoyé mi cabeza sobre su hombro escondiéndome.

—De mis sentimientos.

—¿Hacia mí? —insistió.

—Sí.

—¿Y?

—Es que...

Roberto levantó mi barbilla.

—¿Quieres que sea yo el primero en hablar de ello?

—Sí —susurré.

—Te amo —confesó de golpe robándome el aliento—. Te amo y sé que apenas nos conocemos para lo que se entiende como relación tradicional pero este —señaló su corazón—, no me engaña.

—Roberto yo...

Acercó sus labios hasta los míos y me besó interrumpiéndome.

—Entiendo que quizás es pronto para ti —continuó—. E incluso que pueda ser pronto para cualquier persona, pero estoy dispuesto a esperar. —Me miró, mostrando en sus ojos azules la determinación de sus palabras—. A esperarte, Lia. Pienso que mereces la pena y si tengo que esperar a que descubras lo que

sientes por mí una hora, un mes, un año o toda mi vida, lo haré.

Siseé acallando su declaración. Posé mis manos en sus mejillas y fijé mis ojos marrones en los celestes.

—Yo también te amo —confesé—. Me daba miedo porque me parecía que era pronto, porque creo que no te conozco... No sé si dejas la tapa del inodoro subida o bajada. —Roberto fue a decir algo pero le acallé posando mis dedos sobre sus labios—. Desconozco cuál es tu comida o color favorito, o si eres hijo único o tienes un hermano tan guapo como tú.

—Tengo un hermano más pequeño...

Chisté de nuevo interrumpiéndolo y le besé para aplacar sus temores.

—Desconozco muchas cosas pero creo que tenemos una vida que podemos descubrir y a tu lado, de la mano, el camino puede ser más dulce.

Me miró y sonrió.

—¿Estás segura?

Asentí.

—Segura —le confirmé y nos besamos.

Epílogo

No creáis que nos volvimos locos y nos casamos ese mismo día, ni que nos fuimos a vivir juntos tras nuestra conversación. Para nada. Podemos decir que estamos locos pero no tanto —o eso creo—. Estuvimos hablando sin tapujos y decidimos que lo mejor era seguir como estábamos y que dejáramos que la vida misma nos guiara.

Dejar hablar al Destino.

Yo seguí viviendo en el cuarto piso y Roberto encima de mí. Es verdad que hacíamos más uso de su apartamento, por eso de que él tuviera ya su despacho acondicionado y porque su cama era más grande, más cómoda y más... En fin, ya me entendéis.

Decidimos que podía trasladar mi ordenador a la planta superior para ver si las Musas allí eran más productivas y acertamos. No os puedo negar que mucho tuvo que ver que Roberto tenía unos horarios muy estrictos a la hora de ponerse a trabajar, y si no quería quedarme de brazos cruzados, aburrida, lo mejor era imitarle.

Con el tiempo, me presentó a su agente literario —¿sabéis lo de que las primeras impresiones suelen engañar? Pues eso mismo me sucedió con Manuela. Parecía una abuelita dulce y comprensiva, pero en realidad escondía una mujer de armas tomar a la que es mejor no entorpecer en su trabajo porque te acordarás—. Tras una charla muy constructiva, un café y unas risas, le mandé el borrador de mi manuscrito sin muchas esperanzas aunque como siempre digo —y más desde que conocí a «Ñam-Ñam»— esta vida está llena de sorpresas o eso dicen.

Le pusimos título a esta «locura», nuestra locura: *Lia (Proyecto nº1)* donde os podéis encontrar esta historia rocambolesca, en la que el amor llega cuando menos lo esperas. Tras un choque inesperado, una sonrisa, una conversación entrecortada o una mirada en la que el silencio dice mucho más que miles de palabras.

¿Qué os parece? Algo distinto, no lo podemos negar, pero creo que representa muy bien el tiempo que compartimos. Tiempo entre «Ñam-Ñam» y yo pero también un tiempo entre nosotros —vosotros, los lectores, y yo—.

¿Qué fue de mi madre? Tuvo que asumir que no volvería con Pepe y que Roberto era mejor partido. Creo que influyó bastante que descubriera que era quien se escondía bajo la pluma de su autora de novelas favoritas.

¿De Vanessa con dos eses? Mi hermanita ha descubierto el amor verdadero... O eso dice pero esta vez con Reme, su más mejor amiga y por poco podéis deducir no le dio un síncope a nuestra querida madre.

No sé ya quién de las dos ha pasado a ser su favorita...

Sobre mi querida amiga Belén, contaros que ha decidido anunciarse en su canal de YouTube como «mujer blanca busca...». En realidad no sabe muy bien lo que busca pero dice que ya tendrá tiempo para descartar cuando vayan llegando las solicitudes.

Y Pepe... Sé que algunos estáis deseando saber de mi *ex* por lo que no me importa saciar vuestra vena cotilla: Pepe encontró su «alma gemela» y nunca mejor dicho porque terminó pillándola infraganti poniéndole los cuernos con Andrés, su querido amigos, y dos más.

A la vez...

Sé que es malo reírse de las desgracias ajenas pero... ¡¡Qué bien sienta!!

En fin... A veces el destino sí devuelve la bofetada.

FIN